

NOSOTROS

Revista mensual de Literatura-Historia-Arte-Filosofía

DIRECTORES :

ALFREDO A. BIANCHI — ROBERTO F. GIUSTI

Año II — Tomo II

BUENOS AIRES

1908

KRAUS REPRINT

Nendeln/Liechtenstein

1968

Reprinted by permission of Roberto F. Giusti
KRAUS REPRINT
a Division of
KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany
Lessingdruckerei Wiesbaden



NOSOTROS

EXPLICACION

La dirección de la revista ha resuelto dedicar el número de la fecha á Florencio Sánchez.

Justifica este homenaje el éxito completo de su última obra «Los derechos de la salud», estrenada en Montevideo y en Buenos Aires, casi simultáneamente.

El homenaje es sencillo: no supone una trascendencia de ninguna especie, ni pretende ser una consagración. Sólo es una forma discreta de dejar sentados públicamente el aprecio y la admiración que Sánchez ha sabido conquistarse con su obra ya tan vasta y multiforme, aprecio y admiración que abonan en este número las firmas de insospechables escritores.

Los puritanos de la literatura suelen clamar sobre estos impulsos sinceros, que califican desdeñosamente de «mutuo elogio». Bien, sea: mutuo elogio, sí; pero ¿acaso fuera preferible un ideal de vida literaria en el que cada escritor se encastillase en sí mismo, envolviendo en un profundo desprecio á los demás? ¿Cómo han de surgir las buenas, las nobles, las fecundas ideas; cómo han de formarse las sólidas

reputaciones sino al calor de los círculos literarios, sino mediante el mutuo apoyo, el mutuo estímulo, exteriorizados por el artículo, la carta, el consejo?

¡Pero si una cosa igual se ha hecho en todas las épocas de vida literaria más intensa!

No, no son por cierto de despreciar aquellos que se alientan, que se defienden, que se unen para afirmarse y combatir de este modo la indiferencia del medio. Y no se diga que, merced á la misma receta, unos pocos tontos logran á menudo levantarse, pues se debe pensar que ese endiosamiento de éste ó aquél mal escritor por medio de los elogios de sus colegas, á más de ser efímero nunca engaña á los que en verdad han hecho un culto del arte.

Sí, hay que unirse y afirmarse, en este país principalmente, donde, cuando el indiferentismo de los más no ahoga las verdaderas manifestaciones literarias, surgen el esnobismo corriente, la carencia de un justo criterio artístico, á achicar todo lo nuestro en odiosos paralelos con lo europeo. No se trata por cierto de ensalzarnos más de lo que valemos; pero también es justo resistir el convencimiento ya aceptado, general, de que existe un abismo infranqueable entre los escritores europeos y los americanos. Imposible fuera actualmente hacer entrar en muchos cerebros que júzganse despiertos, la idea de que tal ó cual obra argentina bien vale tal otra europea, si es que no la supera.

Estas razones y muchas más que por lo extensas ó lo sabidas no se exponen, han movido á la dirección de la revista á tributarle este modesto homenaje á Sánchez, quien es sin duda en estos momentos, á juicio de la mayoría de los que se ocupan de arte, un pilar necesario, indispensable, de los más indispensables, de nuestro naciente teatro.

LA DIRECCIÓN.

LOS DERECHOS DE LA SALUD

Representado, por primera vez en Buenos Aires, en el Teatro Nacional, la noche del Viernes 28 de Diciembre de 1907.

Drama en tres actos, original de

FLORENCIO SANCHEZ

PERSONAJES

LUISA.....	Sra. Gámez
RENATA.....	Sra. <i>Sala</i>
MIJITA.....	» <i>Navarro</i>
ALBERTINA.....	» <i>Fernández</i>
NENA, niña de 4 años..	<i>N. N.</i>
ROBERTO.....	Sr. Tallavi
DOCTOR RAMOS.....	» <i>Vazquez</i>
UN CRIADO.....	» <i>Cabrera</i>
POLOLO, niño de 5 años	<i>N. N.</i>

ACTO PRIMERO

UN SALONCITO AMUEBLADO SIN LUJO, PERO CON ELEGANCIA Y BUEN GUSTO

ESCENA I

LUISA—MIJITA

LUISA—Está bien, Mijita, está bien. Luego me contarás el resto.

MIJITA—Como gustes. Creí que te interesara.

LUISA—Lo que me interesa es ver á mis hijos.

MIJITA—Se fueron ya á tomar el aire.

LUISA—Pero ¿esas criaturas viven en la calle?

MIJITA—¡ Oh, no hay que exagerar!...

LUISA—Hace dos días que estoy de vuelta y en todo ese tiempo apenas si he podido tenerlos una hora á mi lado. Parece que lo hicieran deliberadamente.

MIJITA—¿ Qué supones, hijita, que hagamos á propósito?

LUISA—Aislarlos de mí.

MIJITA—Virgen María!... Y lo piensa!... Antes sí, hijita, cuando estabas enferma, los médicos aconsejaron que los alejáramos un poco para evitarte molestias... Pero hoy que estás tan bien, tan repuesta, ¿ qué necesidad habría? Es cierto que salen seguido...

LUISA—Demasiado seguido.

MIJITA—... pero es por el bien de ellos. Las criaturas son un poco débiles y necesitan tomar aire, mucho aire, como dice el Dr. Ramos.

LUISA—Pues... en adelante saldrán conmigo.

MIJITA—Eso me parece muy bien pensado salvo que...

LUISA—(*Brusca*). Qué? ¿ Salvo qué?

MIJITA—Como ya empiezan los frios quien sabe si te conviene hacer muchas excursiones.

LUISA—También yo necesito mucho aire.

MIJITA—No este aire de la ciudad.

LUISA—Mucho aire!... (*Abre la ventana de par en par después de descorrer las cortinas*). Estoy en una atmósfera de invernadero!... (*Aspira una bocanada de aire*) ¡ Ah!...

MIJITA—El relente de la tarde es muy malo, hijita. Sal de de esa ventana. No seas imprudente! Sal de aquí! (*Cierra la ventana*).

LUISA—Mijita! Mijita!... (*Tomándola por un brazo*) Mijita, ven acá! Mírame bien, así, los ojos. Tú sabes la verdad. Dímelas.

MIJITA—Virgen santa ¿ qué verdad quieres que te diga?...

LUISA—La verdad de mi salud. Dímelas.

MIJITA—Pero hijita!...

LUISA—Yo estoy tísica ¿no es cierto?

MIJITA—Virgen santa!... Que locuras te pasan por la cabeza, hijita!... (*Confundida rehuye las miradas de Luisa*).

LUISA—Mirame, te digo, mirame bien. Tú que nunca has engañado á tu hijita, no debes mentirle ahora. Estoy condenada ¿verdad?

MIJITA—No, santa, no pienses cosas tan tristes... cosas tan terribles!...

LUISA—Más terrible es el tormento de la duda. Quiero saber. Quiero defenderme! Te lo han dicho, ¿verdad? «La hijita Luisa está condenada, se muere, se muere á plazo más ó menos largo, pero se muere».

MIJITA—(*Angustiada*). No, no, no!...

LUISA—Sí, sí, sí!... ¿No ves que te traicionas?... Te han hecho entrar en el complot sin contar con que en tu alma sencilla no cabe el disimulo. Y sin contar con que tú en ningún caso estarías contra mí.

MIJITA—Contra ella! Quien podría estar contra ella, Dios santo!

LUISA—Todos los que me oculten la verdad. De modo, Mijita, que es preciso ser razonable. ¿Que tú no te atreves á decir las cosas? Yo te ahorraré el trabajo: Renata y Roberto conocen mi sentencia. El Doctor Ramos se lo ha dicho todo á mi marido y Roberto no ha podido ocultárselo á Renata que ejerce aquí, desde mi enfermedad, funciones maternas. ¿Comprendes? Que es una especie de señora de la casa, la suegra de Roberto como quien dice. El espíritu práctico avezado y fuerte, y como ambos no podían obrar sin contar con tu complicidad te enteran del caso. Luisa está condenada, está tísica, su mal es incurable y lo que es peor, contagioso. Y ya que no podemos salvarla, hay que salvar á los niños, tenemos que salvarnos todos.

MIJITA—No, hijita. Te juro...

LUISA—No jures nada. Sé que he perdido todos los derechos de la vida. Que no puedo ser madre, ni espo-

sa, ni amiga... Me separan de mis hijos para que no los envenene con mis besos...

MIJITA—(*Llorando*). No, santa. Eres injusta y cruel con nosotros, y contigo misma. La hijita no podría prestarse á ningún complot. No podría hacerlo. Te juro... ¿Me crees capaz de jurar en vano? Te juro!.. Mira, te juro por Dios y María santísima, que nada de lo que dices es verdad. Serías capaz de creerme ahora?

LUISA—Sí, Mijita, quisiera creerte.

MIJITA—Mientras estabas en las sierras muchas veces nos ha visitado el Dr. Ramos y siempre le he oído hablar con Renata de tu enfermedad. Tú tienes una bronquitis, nada más que una bronquitis que se curará con paciencia y con cuidados... Una bronquitis... Una bronquitis...

LUISA—(*Esperanzada*). No me engañas?

MIJITA—¡Oh! ¿quieres que te lo jure otra vez?...

LUISA—No, Mijita; basta. Sin embargo...

MIJITA—(*Advirtiendo á Albertina*). Mira quien llega. (*Aparte*). Dios la manda.

ESCENA II

Dichos—ALBERTINA

LUISA—(*Alborozada, yendo á su encuentro*). Albertina! Albertina!...

ALBERTINA—(*Retribuye las caricias extremosas de Luisa con cierto embarazo que no pasa inadvertido para esta*). Cómo estás Mijita?... Qué?... Has llorado Mijita? Qué cara tan fúnebre. Seguro que esta desalmada de Luisa te ha regañado?... Qué perversidad! A la madre y á la hijita de tanta gente!...

LUISA—Llora por mí. Se le ha ocurrido que estoy enferma de gravedad, que estoy tísica; nada menos!...

MIJITA—¡Oh, hijita!... (*sollozante*).

LUISA—Observa esos pucheros. Es muy capaz de soltar el

trapo otra vez. (*Abrazándola*). Pobre viejita. Tranquilízate. Te juro que nunca me he sentido tan bien.

ALBERTINA—Efectivamente. Te ha probado la estadía en las Sierras. ¿Cuántos kilos? Y buenos colores y espíritu alegre. Mijita, ¿cómo se te han ocurrido semejantes cavilaciones?...

LUISA—Tan indiscretas sobre todo...

MIJITA—Yo... yo... Yo me voy. (*Se vá de prisa, ahogándose*).

ESCENA III

Dichos, menos MIJITA

ALBERTINA—¡La buena Mijita!... Espero que no lo habrás tomado en cuenta.

LUISA—¿No te sientas?

ALBERTINA—Claro que sí. ¿Mi marido no ha estado por acá? Roberto lo llamó por teléfono esta mañana. Te aseguro que fué una sorpresa, pues no esperábamos que regresaran tan pronto. ¿Por qué no avisaron que venían? Habríamos ido á recibirlos á la estación.

LUISA—Fué repentino el viaje. Imaginate que media hora antes de salir el tren me dice Roberto: nos vamos ahora mismo!

ALBERTINA—Es raro.

LUISA—Pretestó un llamado urgente, por despacho telegráfico, despacho que, por cierto no me ha mostrado.

ALBERTINA—Como de costumbre. Me figuro tu inquietud pensando en que podía haberles sucedido algo á los nenes ó á Renata.

LUISA—A ese respecto no me asaltó el menor temor, te lo aseguro. Roberto hubiera tratado de prevenirme. Por otra parte estoy habituada á sus misterios y no trato de descifrarlos. En él lo mas enigmático es lo menos importante. Sólo sabe ocultar las trivialidades.

ALBERTINA—Parece que estuvieras resentida.

LUISA—No.

ALBERTINA—Apuesto á que hay confidencia en puerta. (*Con exageración cómica*). Habla, mujer. Desahoga tus penas. ¿Qué te ha hecho ese monstruo de infidelidad?

LUISA—No pensé hacer ningún reproche.

ALBERTINA—Confía en mí. Cuenta, muchacha.

LUISA—Y en último caso el tono que adoptas no es el mas aparente para provocar confidencias.

ALBERTINA—¿Te has ofendido? Perdóname. Como te conozco muy bien y conozco igualmente á tu esposo no pude colocarme en situación de tragedia.

LUISA—Pues nada ocurre. Ni tragedia, ni sainete.

ALBERTINA—Punto y aparte, entonces.

LUISA—Como gustes.

ALBERTINA—(*Con extrañeza*). Oh!... Qué tienes Luisa?... Por qué me tratas así? No creo haber merecido tanta acritud por poner un poco de mi buen humor en mi empeño de desvanecer, quien sabe qué cavilosidades tuyas. Dime ¿á qué puedo atribuirlo?... Debe mediar algún motivo grave para que hayas llegado á á olvidar los respetos debidos á nuestra vieja amistad.

LUISA—¡Oh, cuanta solemnidad!... (*Remedando*). «Los respetos debidos á nuestra vieja amistad» ¡Tonta!

ALBERTINA—(*Ofendida*) ¡Luisa!

LUISA—No retiro la palabra. Tonta!... Tonta y tonta!... En el acto pídamelo Vd. perdón de sus sospechas!

ALBERT—Será posible que no acabe de comprenderte!...

LUISA—La culpa es tuya. No soy tan complicada.

ALBERT—Confesarás cuando menos que estabas de mal humor...

LUISA—¡Oh, perspicacia! Sí, Albertina! Ya que tan necesario es, te diré que me impacienta un poco el tono incrédulo y protector de tus palabras. Advierte que me negabas el derecho de tener una complicación en mi vida...

ALBERT—¿El derecho?... No te entiendo.

LUISA—La posibilidad si quieres, si te resulta mas claro.

ALBERT—Bien remota por cierto.

LUISA—Tú no lo crees así.

ALBERT—No eres poco exigente que digamos. Tienes un marido que te adora y á quien adoras, un par de chicos que son una gloria y el amor de una hermana modelo; vives entre espíritus simples y buenos como el tuyo. . . Nadie mejor resguardado de las tormentas de la vida.

LUISA—¡Oh! no hay puerto seguro para todos los vientos.

ALBERT—Está claro, si hemos de ir á los extremos, si hemos de pensar en las fatalidades irremediabiles de la existencia.

LUISA—Las fatalidades irremediabiles! Y por qué no descontarlas del haber de nuestra dicha? . . .

ALBERT—Sencillamente por que. . . por que nos quedaríamos sin capital. . . Pero ¿á qué viene tanto pesimismo mujer? ¿Será que te han impresionado las tonterías de Mijita?

LUISA—Nada me decía la pobre vieja. Fui yo quien. . .

ALBERT—¿Tú?

LUISA—Sí; yo.

ALBERT—No deja de ser una maldad asustar á la infeliz viejita. Por otra parte no te alabo el gusto de gastar bromas tan lúgubres.

LUISA—Hablabas muy seriamente. Quise obligarla á confesar lo que ninguno de los que me rodean ignora y todos quieren ocultarme.

ALBERT—¡Dios nos ampare! Linda esperanza nos dejas, mujer, sí con semejante salud que te rebosa empiezas á creerte camino del otro mundo! ¿Estás en tu juicio? . .

LUISA—¡Uff! . . . Siempre lo mismo. La piadosa y compasiva digresión! ¡Oh, hazme el favor de no continuar así, si no quieres verme de nuevo irritada!

ALBERT—Pero Luisa!

LUISA—Calla. No te fatigues en persuadirme, en ilusionarme. Me hace más daño la caritativa ficción de Vdes., que el mismo mal que me roba la vida.

ALBERT—Estás diciendo cosas absurdas, mujer.

LUISA—(*Irónica*). Sí, absurdas. Desde hace un año mis sentidos y mis facultades están en bancarrota. Me he idiotizado. He perdido la ponderación de las cosas y de los hechos. Nada. Ni veo, ni oigo, ni palpo, ni presiento, ni discierno. Me ataca una enfermedad que me tiene no sé cuantos días á las puertas de la muerte, salvo de sus garras providencialmente y entro á convalecer. Comienzo á experimentar la alegría del retoñar de mis fuerzas y vuelven á mi espíritu las golondrinas de la esperanza. Unas horas mas, un día, quizás un mes... Me aguardan todos los dones de la plenitud de la vida. Pero pasa la hora, el día, el mes. La meta se ha alejado. ¡Sin embargo nada es la nueva distancia para la certidumbre del completo revivir! Vamos de nuevo hacia ella, pero de nuevo se distancia... Y muchas veces mas la buscamos en vano. ¡Oh! entonces las golondrinas empiezan á emigrar, sin que baste á retenerlas el cálido optimismo de los míos. Las he visto irse, Albertina, una por una en las alternativas de esta convalecencia que no acaba nunca, que acabará conmigo.

ALBERT—¡Oh, imaginación!

LUISA—No, no es la imaginación!... Es la realidad cruel de mi dolencia sin lenitivos, Y si ella no bastara á convencerme de que estoy irremisiblemente condenada, ahí estan Vdes. ahuyentando las últimas golondrinas; mi marido, mi hermana, la vieja criada, los amigos y hasta los extraños...

ALBERT—¿Nosotros?

LUISA—Ustedes, ustedes, ustedes. Se les lee en los rostros la sentencia irremisible. ¡Oh! Si tú hubieras visto como he visto yo al pobre Roberto tan sufrido, tan enérgico, tan fuerte, tan consolador con su optimismo irradiante, durante la enfermedad, y en los primeros días de la convalecencia, ir hora por hora cediendo y quebrantándose hasta derrumbarse en la

congoja de la desesperanza y la piedad. Su optimismo de hoy es una mediocre simulación caritativa. Caritativa ¿me comprendes? . . . Y luego mi hermana, un caso estupendo de fatalismo y resignación, y los sobresaltos de la triste Mijita, ese fiel animal doméstico que gira en torno mío, azorada, con el presentimiento de la catástrofe inminente, gruñendo á todos los rumbos en celoso acecho del enemigo que sabe que ha de llegar y de quien quisiera protegerme y defenderme con todas sus fuerzas. Y luego. . . y luego la profilaxia. . . ¡Ah, la profilaxia, la higiene! . . . Un trabajo de araña, sutil, sutilísimo. Una tela dorada por mil pretextos y engañosas con que lo van envolviendo á uno sin que lo sienta hasta dejarlo aislado de sus semejantes para que no los contamine.

ALBERT—(*Conmovida*) No prosigas, Luisa, no prosigas. Eso es falso. . . Tú deliras! . . No continúes que me aflijirás también á mi con tus cavilaciones! . . Estás viendo fantasmas, mujer. . .

LUISA—Y lo dices tú, Albertina, tú que hace un momento al entrar aquí, me volvías la cara para que en los transportes de mi efusión cariñosa no fuera á inocularle los gérmenes del mal terrible.

ALBERT—¿Yo?

LUISA—Tú. No te dejaste besar en la boca. Comprendo ese sentimiento. Hice mal. Tienes hijos además. . . A los míos ya no puedo besarlos. . .

ALBERT—¡Oh! ¿Eso era todo? . . Ahora verás como te engañas. . . (*Besándola*). ¿Lo vés? Te beso en la boca, bebo tu aliento. . . Te has convencido? Y te beso otra vez, y otra. . . y otra. . .

LUISA—(*Incrédula*). ¡Ahora! Por caridad! . .

ALBERT—(*Ofendida*) Perdóname entonces. . .

LUISA—(*Reaccionando emocionada*) No te ofendas. . . Soy injusta. . . Gracias, Albertina, gracias! . . ¡Ah, si tú quisieras comprenderme, si quisieras ser mi conf

dente, el amigo fuerte, el amigo leal, sin prejuicios y sincero que me hace falta!

ALBERT—Lo soy, Luisa.

LUISA—Me dirás la verdad? . .

ALBERT—(*Impaciente*) ¿Pero qué verdad, hija, quieres que te diga? No pienses encontrar en mí un cómplice que ampare y aliente tus preocupaciones. Eso nunca.

LUISA—No me sirves entonces. Estoy harta de ficción. Necesito un espíritu capaz de acompañarme en las horas de la desesperanza, necesito verdad y buena fè. Dime, dime que es cierto que estoy condenada, que debo morir fatalmente. Dímelo. Yo no le temo á la muerte. Tengo miedo de la vida que me espera despojada de todos sus derechos. Me horroriza la perspectiva de verme convertida en mísero pingajo humano, expuesta á la piadosa condolencia de la gente. ¿No me entiendes? No quiero que me tengan lástima. Quisiera afrontar el porvenir, como he afrontado la vida, serena y tranquilamente, confortada con el apoyo de espíritus afines. Basta de caridad. Bastantes energías me ha robado mi mal. No quisiera que mi altivez se acabara de relajar. Hay quienes experimentan la voluptuosidad de la conmiseración que inspiran. Yo no, me oyes, no. No, no! . . (*La fatiga que debe ir sintiendo creciente se resuelve en un acceso de tos*).

ALBERT—No te exaltes, que te fatigas. ¿Lo ves?

LUISA—(*Dominándose un instante*). Contesta, contesta este argumento. . . Desmíenteme! . . Oh, me sofoco! . . . (*Huyendo á toser á la habitación inmediata*) Un instante! . . Perdóname. . .

ESCENA IV

ALBERTINA, DESPUÉS RENATA Y LOS NENES, UN VARÓN Y UNA MUJERCITA DE 5 Y 4 AÑOS RESPECTIVAMENTE

ALBERT—(*Acompaña la salida de Luisa de un gesto compasivo y enjuga una lágrima*).

RENATA—(*Que entra con los nenes*). ¿Cómo estás, Albertina?

ALBERT—¡Oh, déjame! . . . Muy triste! Si vieras qué mal encuentro á Luisa! ¿La oyes? Un acceso terrible de tos. Se puso á hablar y hablar exaltándose como en un delirio. . . Y lo peor no es eso. . . Desconfía. . . sabe todo. . .

RENATA—Sí. Roberto me lo ha dicho. La asaltan con frecuencia esas crisis nerviosas. Son manifestaciones de la enfermedad. . . Ayer nos ha tenido angustiados á todos con sus interrogatorios y sus reproches. Sospechá, pero no está convencida de su mal. Esa insistencia en que le digamos la verdad, revela su incertidumbre.

ALBERT—A mí me impresionó tanto, que estuve á punto de confesárselo todo. . .

RENATA—No: Cuidado! . . La mataríamos. Nuestra negativa es el último asidero de sus esperanzas. . .

ALBERT—Viene hacia acá. Disimula. . . ¡Pero qué bien están los nenes! . . ¿Vienen del paseo? . .

ESCENA V

Dichos—LUISA

LUISA—(*Demudada y temblorosa entra secándose el sudor con el pañuelo. Al ver á sus hijos corre hacia ellos con efusivo transporte*). Pololo! . . Nena! . . ¡Oh mis hijitos, mis criaturitas queridas! . . (*Los une en un estrecho abrazo y llora dulcemente sobre sus cabecitas, monologando ternuras*).

POLOLO—¿Qué tienes mamita? ¿Estás llorando? . . ¿Por qué estás llorando? . . .

LUISA—(*Serenándose*) No, no lloro. . . Es que. . . Son cariñitos. . . He pasado tanto tiempo lejos de ustedes! . . Y ustedes son tan malos que prefieren irse de paseo en vez de estar con su mamá. . . ¡Ah, pero me las van á pagar! . . Ya verán, ya verán! . . .

POLOLO—No te enojés. . . Es Renata que nos lleva todos los días á la Recoleta en coche. . .

LUISA—Lo sé Pololo. Y hace muy bien. Cuando los niños son juiciosos hay que premiarlos. . . . (*A Mijita que aparece*) Quieres algo, Mijita? . .

ESCENA VI

Dichos—Mijita

MIJITA—Precisamente venía en busca de estos perjenios. Calculaba que estarían de vuelta.

LUISA—Qué? Ya quieren quitármelos?

MIJITA—Es que deben tomar el alimento.

LUISA—No, no! . . Hoy se lo daré yo. No los separan de mi lado. Albertina, tú no has de haber tomado el té tampoco. ¿Quieres pasar? Nos entretendremos con estos personajes.

ALBERT—De buena gana aceptaría, pero. . .

LUISA—No temas. Por el momento (*indicando á los niños*) no puedo ser peligrosa. Vamos. ¡Ay! Se nos complica la fiesta íntima. ¿Cómo está Vd., Dr. Ramos?

ESCENA VII

Dichos—ROBERTO—RAMOS

RAMOS—(*Saludando*) Señora! . . No le pregunto como está Vd. porque lleva en su aspecto la respuesta.

LUISA—¿Lo cree, Doctor?

RAMOS—Roberto á quien encontré en la puerta de calle me daba las más optimistas impresiones, y Vd, las confirma plenamente. . .

LUISA—Sin embargo es extraño que lo haya llamado. . .

ROBERTO—Olvidas que bien he podido tener necesidad de ver al amigo ya que no al profesional.

LUISA—Bien. Conformes entonces. Advierto á Vds. que teníamos programa hecho con Albertina. ¿Quieren pasar á tomar una taza de té?

ROBERTO—Iremos después.

LUISA—Como gusten. Vamos, niños. Albertina. . . ¿Vienes, Renata?

RENATA—Prefiero quedarme. Tengo que concluir la copia del último trabajo de Roberto. . . .

LUISA—(*Con intención*), ¡Ah! comprendido! comprendido! . . .
(*Mutis con Albertina los niños y Mijita*).

ESCENA VIII

RENATA—RAMOS—ROBERTO

RAMOS—Tiene efectivamente mejor aspecto la pobre Luisa.

ROBERTO—Reaccionó pronto de la última crisis. Sin embargo aquellas alturas no eran propicias. . .

RAMOS—Sí; un poco enrarecido el aire, pero de todos modos hubiera sido preferible aquello á la atmósfera viciada de la ciudad. No me has explicado aún los motivos del regreso tan precipitado.

ROBERTO—Nos expulsaron.

RAMOS—¿Cómo? Por qué? . . .

ROBERTO—Una historia muy curiosa. Tú no ignoras que mi situación económica es bastante precaria desde algún tiempo á esta parte. . . .

RAMOS—Siempre has debido contar con mi amistad. . . .

ROBERTO—No; no se trata de lo que supones. Verás. . . En los cerros lo pasábamos muy bien, únicos pensionistas de una de las tantas familias que no tienen miedo del contagio porque están contaminadas y sacan doble provecho de su mal y del mal del prójimo. Naturaleza pintoresca, clima apacible y presupuesto muy llevadero. Aquello era por todo concepto lo más conveniente. . . Pero, como te escribí, en la imaginación de Luisa empezó á trabajar el miedo y la desconfianza. No era para menos, te lo aseguro, el espectáculo de aquella población doliente. No te lo voy á describir porque tú debes conocerlo muy bien, á pesar de que la costumbre de ver una cosa

limita la facultad de analizarla. Bastará con que te diga que yo mismo más de una vez, dejando trabajar un poco la mente, he sentido que la angustia y el espanto me oprimían el alma. ¡La tos! Todos tosen, creo que allí hasta los sanos tosen por sugestión. En la villa, en los hoteles, en los sanatorios, en los paseos, donde quiera que uno va, lo acompaña la lúgubre desafinación de esa orquesta de escuálidos músicos exasperados y febricantes, que sudan la voluntad de arrancar un poco de armonía á sus desvencijados instrumentos sin conseguir otra cosa que un monótono jadear de fuelles rotos. . . Para Luisa aquello se convirtió en una dolorosa obsesión. Sus desconfianzas y su irritabilidad iban creciendo, y una noche en que no nos dejó dormir el carraspear desesperante de un tísico, nuestro vecino de habitación, me expresó su resolución de huir de aquel antro. Todo mi empeño en disuadirla se estrelló contra su voluntad firme y casi amenazadora. Conseguí únicamente arrastrarla á uno de los hoteles de la cumbre. Allí al menos no se oye tanto la fatídica orquesta, aunque el clima sea menos favorable. . .

RAMOS—O precisamente por eso.

ROBERTO—La vida es cara. Había además que hacer una renovación del equipo y ponerse en actitud de no desentonar en aquel ambiente refinado y aristocrático. Todo se hizo; no obstante, las exigencias del medio sobrepasaron la largueza de mis previsiones. ¿Qué hacerle? Estaba y estoy resuelto á todos los sacrificios en homenaje á la paz de esa triste alma compañera. Pero nada bastó. Era también preciso salvar distancias sociales y por más que mi reputación literaria pudiera obviarlas, Luisa no entraba y así lo comprendió. Ni ella, ni yo insistimos, limitándonos á hacer rancho aparte. De repente, sin que se sepa cómo ó quizás por nuestro mismo or-

gullo indiferente, las gentes empiezan á huir de nuestro contacto, y el *boycott* se acentúa cuando Luisa cae en cama. Así que mejora se me presenta el dueño del hotel. «Señor, Vd. perdonará, pero los reglamentos de la casa son terminantes y los pensionistas me han amenazado con irse á otra parte si sigo albergando enfermos contagiosos. . . .» Y patatín y patatán. En resumen, una intimación de desalojo en regla. Había en el establecimiento, había sí, enfermos más avanzados pero no eran peligrosos. . .

RAMOS—Porque gastarían más.

ROBERTO—Precisamente. Ahí tienes explicadas las causas de nuestro regreso anticipado. Hubiera podido llevarla á cualquier otro hotel de las inmediaciones, pero tuve miedo á un nuevo *boycott*. Luego, ella empieza á sentirse deprimida por la pertinacia de su dolencia, y esa depresión se traduce en fenómenos nerviosos muy intensos. Una sensibilidad extrema, humor fácilmente irritable, desconfianzas, prurito de análisis. . . .

RAMOS—Me has dicho que las impresiones del colega que la asistió. . . .

ROBERTO—Son pesimistas. Lejos de ceder, el mal avanza. Pero me inspira mayores temores su estado moral.

RENATA—Según parece acaba de hacerle una escena á Albertina. La encontré llorando mientras Luisa se debatía en un acceso terrible de tos. Después se serenó, como Vds. la han visto.

ROBER—Nos tiene acosados porque le digamos la verdad. Y para colmo, ayer, la sorprendí leyendo un viejo trabajo mío, inconcluso, que andaba por ahí perdido entre papeles inservibles, y titulado «Los derechos de la salud». En ese trabajo, una especie de *nouvelle*, un tanto sentimental, estudiaba la situación moral de un enfermo incurable—atacado de tuberculosis precisamente—que descubre que su esposa le es infiel

y acaba por encontrar lógica su conducta justificándola en que no siendo apto para llenar las funciones de la vida, no se considera con derechos para encadenar á los sanos á sus destinos malogrados.

RAMOS—Conozco el asunto.

ROBER—Es verdad, pues. Si fuiste tú quien me hizo desistir ó postergar su publicación, objetándome que los tísicos nunca llegan á darse cuenta de su mal...

RAMOS—Es característico el optimismo de los tuberculosos, producto del estado febriciente en que viven.

ROBER—Bien, eso no hace al caso. Luisa lee aquello y su imaginación empieza á fantasear y á despacharse á su gusto. «Lo has escrito á propósito y lo has dejado á la vista para que lo lea. Niégame ahora que estoy tísica». Se exaspera y llega hasta soltarme sin empacho las cosas más absurdas, las sospechas más inverosímiles...

RENATA—Que á mi también me alcanzaron. Atribuía mi solicitud por sus hijos al propósito de arrebatarme los derechos de la maternidad...

ROBER—¡Cuánto absurdo! Hay que tomar pues, alguna medida...

RAMOS—Quisiera examinarla un poco.

RENATA—Hoy no lo creo oportuno. Podría alarmarse...

RAMOS—Mañana ó pasado... De cualquier modo creo que no debes deshacer las maletas. El invierno se viene encima y es preciso llevarla á un clima más benigno, al Paraguay por ejemplo.

ROBER—Lo he pensado.

RAMOS—Por muchos motivos convendría, y no es el menos convincente, el de que es necesario preservar á los niños. (*Mira la hora*). Es tarde ya. Si no me necesitas me marcho porque me quedan por hacer algunas visitas.

RENATA—Deja usted á Albertina...

RAMOS—Sí. Adios Renata. Y en cuanto á tí... ¡paciencia! Mañana vendré. (*Le estrecha la mano. Mutis*).

ESCENA IX

RENATA—ROBERTO

RENATA—(*después de unos instantes de ensimismamiento*)—¿En qué piensa usted, Roberto?

ROBER—Pienso... pienso... En verdad, no podría precisar en qué pienso. Tengo tantas cosas en la cabeza y en el espíritu...

RENATA—¿Es que su fe empieza á quebrantarse?..

ROBER—Mi fe. ¿Qué fe resiste á tanta inexorable evidencia?

RENATA—La fortaleza, la energía es fe...

ROBER—Siento que mis fuerzas se desmoronan.

RENATA—Cuando más falta le hacen. Tiene usted que resolver el viaje al Paraguay cuanto antes...

ROBER—La resolución está hecha. Diga usted mejor, que debo empezar á buscar los medios de realizarlo...

RENATA—Lo sabía. Por eso he querido hablarle.

ROBER—¿En qué sentido?

RENATA—Decirle que no debe usted quebrarse la cabeza por buscar recursos. Venda mis bienes, ó hipoteque ó haga lo que le plazca con ellos.

ROBER—¡Oh! ¡No! ¡Eso nunca!..

RENATA—No he hecho el ofrecimiento antes de ahora por ignorancia de su situación financiera y, un poquito, por temor de mortificar su susceptibilidad. Hoy sé que usted no sólo ha agotado su crédito sino que también ha descontado sobre su porvenir literario comprometiéndose á realizar trabajos á plazos determinados, sin contar con que las circunstancias pueden oponerse á sus deseos, y pudiendo muy bien haber evitado esos extremos. Ya que ha querido hacerme el honor de su confianza le impongo el castigo de tomarme por prestamista.

ROBER—Gracias, Renata. De ningún modo podré aceptar su ofrecimiento...

RENATA—Una sola condición le exijo: que reintegre usted en seguida el dinero tomado á cuenta de trabajos literarios.

ROBER—Repito que no tomaré un céntimo de sus bienes. Por otra parte olvida usted que casi no tendría derecho á disponer de ellos. Debe casarse en breve...

RENATA—¡Ah! si sus escrúpulos son esos, poco me costará vencerlos. Ya no me caso.

ROBER—¿Cómo? ¿Qué está usted diciendo?

RENATA—Sencillamente, que he desistido de mi enlace... que he roto las relaciones con Jorge...

ROBER—No. Usted me engaña... ó se engaña.

RENATA—Ninguna de las dos cosas.

ROBER—¡Oh, por qué ha hecho usted eso! Por qué ha dado un paso semejante sin consultar á nadie!

RENATA—Creo que los dos íbamos al matrimonio llevados por una simple complacencia afectuosa, nada más. De modo que la ruptura se produjo sin violencia y sin desgarramientos mayores.

ROBER—Las causas, los motivos, ¿cuáles fueron?..

RENATA—Una trivialidad.

ROBER—No lo creo, Renata. Usted lo ha hecho por nosotros, para poder entregarse más libre y enteramente á su devoción caritativa por Luisa y por nuestros pobres hijitos! ¡Oh, gracias! ¡Es usted una santa!.. Pero no hemos de consentirle tal sacrificio. Se lo contaré todo á Luisa...

RENATA—¡Muy bien pensado!.. ¡Alármela usted más de lo que está!..

ROBER—¡Oh, Renata! ¡Renata!.. (*Muy conmovido, estrechándole ambas manos*) ¡Qué alma la suya!..

ESCENA X

Dichos—LUISA—después ALBERTINA

LUISA—(*Apareciendo con un diario en la mano, alborozada*)—

¡ Doctor!... ¡ Doctor Ramos! ¡ Ah! (*Paralizada al sorprender la actitud de Roberto y Renata*).

ROBER—¿ Qué ocurre, Luisa?..

LUISA—(*Reponiéndose un tanto*)—Creí que estuviera el doctor...

ROBER—(*Alarmado*)—Estás demudada ¿ Qué te pasa?—(*Conduciéndola muy afectuoso*)—Ven, siéntate... ¿ Fué un acceso de tos?... Algún esfuerzo seguramente.

LUISA—Ya pasa. Es que... ¡ Imagínate mi emoción!..—(*Como espantando sombras de la mente*).— ¡ Oh, si no es posible!..

ROBER—¿ Qué, hija mía?..

LUISA— ¡ Oh, nada!.. Imagínate, imagínense mi alegría al leer la noticia... Corrí en seguida á consultarle á Ramos... Creí que estuviera aquí con ustedes y...

ROBER—¿ Acabaremos de saber de qué se trata?

LUISA—¿ Verdad, Roberto, que te alegrarás, conmigo, hondamente, infinitamente?...—(*Del todo repuesta y confiada*)—Lee... lee...—(*Mostrándole el diario*).—La más sensacional de las noticias. Lee fuerte... ¡ Ahí!.. ¡ Esos títulos tan gordos!.. ¡ Lee pronto, pronto!..

ROBER—(*Que ha ojeado el diario, tratando de disimular su emoción*).—Sí; es una importante noticia.

LUISA—(*Impaciente*)—Pero, lee fuerte, hombre de Dios...

ROBER—Bien, te haré el gusto.—(*Leyendo*).—« El suero contra la tuberculosis.—Sensacional descubrimiento del doctor Behring.—Su confirmación plena.—París 8.—Telegrafían de Berlín que el profesor Behring ha terminado una memoria que presentará á la Academia de Medicina, demostrando haber hallado el suero contra la tuberculosis. Refiere casos en que ha tenido un éxito indiscutible de curación completa. La noticia ha causado honda impresión en todos los círculos científicos ».

LUISA—¿ Lo ves, lo ves?... Continúa, hay otro despacho todavía...

ROBER—(*Leyendo siempre*)—« Berlín 8.—Se confirma la noticia del descubrimiento Behring. El ilustrc sabio se niega

á suministrar informes limitándose á manifestar que someterá el fruto de sus estudios á la opinión de sus colegas ».

LUISA—¿Qué me dices, qué me dices ahora?

ROBER—Es una sensacional y consoladora noticia, pero no veo qué importancia directa pueda tener para nosotros.

LUISA—Te estás traicionando. Tonto; ¡si te vende la emoción! ¡Oh, estalla de una vez conmigo, alegrémonos todos!.. ¡Para qué seguir mintiendo si el remedio que me ha de sanar está ahí y lo tendremos antes de un mes á nuestro alcance!.. Oyeme; ya no me importa saber que estoy tísica, como antes no me preocupaba saber que tenía influenza, reuma ó jaqueca ó cualquier otro mal pasajero y curable.. Ahora comprendo que tenían razón ustedes al ocultarme mi estado. ¿Para qué hacernos desesperar de la vida, cuando existen los Behring, los Roux y tantos otros sabios creando salud para sus semejantes en el misterio de los laboratorios?.. Y pensar que yo he sido cruel, tan torpe, tan... que sé yo, con mis bienhechores. ¡Oh, Roberto, Roberto! ¡Perdóname! ¡Perdóname tú también, Renata!.. ¡Y tú, Albertina!.. ¿Dónde está?... ¡Con mi aturdimiento la he dejado sola!—(*A voces*).—¡Ven, Albertina, ven!.. ¡Oh!—(*Respira hondamente*).—¡Qué bien respiro ahora!.. ¡Me parece estar sana!..—(*Muy extremosa, acariciando á Roberto*).—¡Roberto mío!.. ¡Roberto mío! ¡Cuánto habrás padecido!.. ¡Cuánto te habré hecho sufrir!—(*Aparecen Albertina y Mijita*)—¡Ven, Albertina, tú también, pobre Mijita!.. ¡Vengan! ¡Todos tienen que participar de esta alegría del revivir!.. Roberto, ¡qué dicha!.. ¡qué dicha!—(*Estrechándolo con transporte*).—¡Quién pudo pensar hace un rato, Albertina, en un cambio semejante!..

ALBERTINA—¡Oh, Luisa!.. ¡Son las golondrinas que vuelven!..

ACTO SEGUNDO

EL DESPACHO DE ROBERTO—AMPLIA MESA DE TRABAJO ATESTADA DE LIBROS Y PAPELES EN ARTÍSTICO DESORDEN.

ESCENA I

ROBERTO—RENATA

TRABAJAN JUNTOS TERMINANDO DE ORDENAR LOS ORIGINALES DE UN LIBRO

RENATA—¿Quiere leer, Roberto? Creo que no falta ninguno, pero tengo poca confianza en mi memoria.

ROBERTO—«Los herejes». Me gusta poco ese título.

RENATA—Tiene tiempo de cambiarlo al corregir las pruebas.

ROBERTO—«La 9ª sinfonía». «El iman».

RENATA—(*Verificando en los manuscritos*). El iman....

ROBERTO—«El señor Pérez». «El derecho á la tristeza»....

RENATA—... á la tristeza.... El cuento que menos me gusta. Yo, en su lugar....

ROBERTO—Necesito completar el volumen y no tengo tiempo ni humor para escribir uno nuevo. Por lo demás todos son igualmente mediocres...

RENATA—No soy de esa opinión. ¿Porqué no termina este?... Con un par de plumadas tendría un espléndido broche para cerrar el libro. «Los derechos de la salud».

ROBERTO—No me tiente, Renata, no me tiente. Deme Vd. esos originales ...

RENATA—¿Que va á hacer?

ROBERTO—Démelos Vd.... Sería un crimen publicar semejante artículo en estos momentos. Por la pobre Luisa en primer término, y por el público cuya malignidad encontraría en él abundante asunto de fantaseos y comentarios. Deme Vd. eso!....

RENATA—¿Para guardarlo? (*Le entrega el manuscrito*).

ROBERTO—No. Para romperlo. Así ... Así.... Así.... (*Despedizando el artículo*).

RENATA—(*Friamente*). Ha hecho Vd. mal.

ROBERTO—En todo caso siempre hay tiempo de reconstruirlo...

RENATA—Por eso mismo ha hecho mal, porque acaricia la idea de poder publicarlo algún día.

ROBERTO—No comprendo.

RENATA—Más criminal que darlo á luz hoy, sería acechar la oportunidad de poder hacerlo.

ROBERTO—Le advierto, Renata, que está cometiendo una injusticia.

RENATA—Más injusto es Vd. consigo mismo. Volvamos la hoja, ¿quiere?... Los originales están en regla. ¿Piensa Vd. corregir las pruebas del folletin?... Las han traído hace un rato de la imprenta.

ROBERTO—Sí.

RENATA—Yo podría hacerlo....

ROBERTO—Gracias, Renata. Demasiado trabajo le doy. Yo en su lugar ya me habría declarado en huelga....
(*Voces en el vestíbulo*). ¿Qué pasa?

ESCENA II

Dichos—MIJITA—POLOLO—después LUISA

MIJITA—(*Regañando á Pololo*). ¿Crees que esto tiene disculpa?... ¡Oh, las pagarás todas juntas, bandido!.... Revoltoso!.... Miren los juguetes del niño!.... Capaz de matarse, Virgen Santa!.... Renata, te traigo á este pícaro para que lo castigues.

ROBERTO—¿Qué has hecho Pololo?....

POLOLO—Mentira! No hacía nada! ...

MIJITA—(*Mostrando un revolver*)—Miren Vds. el juguete con que se entretenía el niño. Vean Vds! Capaz de matarse! ...

ROBERTO—(*Tomando el revolver*). Y estaba cargado!

RENATA—¿Y de donde sacó esa arma?

MIJITA—La habían olvidado seguramente en la cochera el día que estuvieron tirando al blanco con el Dr. Ramos. Yo sentía un alboroto terrible en el corral y no hacía caso porque estoy acostumbrado á los es-

tropicios de este bandido, cuando de repente lo veo corriendo á una pobre gallina clueca con el revolver en la mano!.... Virgen Santa!....

LUISA—(*Entrando*). ¿Que ocurre?....

RENATA—El señorito que jugaba con un revolver....

LUISA—Claro está! Si dejan las armas en cualquier parte!.... Qué sabe el inocente!.... Venga Vd. acá, Pololo!.... Las armas no se tocan porque pueden disparar y lastimar al niño.

MIJITA—¡Oh! él ya sabe para lo que sirven las armas!.... Imaginate en que estaba empeñado en matar, en matar, sí señor, una gallina....

LUISA—¿Y porqué, hijito, pretendías matarla?

POLOLO—Porque quiere quitarle los hijos á la patita blanca.

MIJITA—Es una gallina clueca que yo no la he querido echar porque dice el quintero que es muy mala sacadora, y este perjenio que todo lo revuelve la ha descubierto echada en el nidal de la patita blanca.

POLOLO—Ya tiene tres patitos chiquititos y la gallina la picotea y quiere quedarse con ellos.... Es una ladrona ¿verdad?

LUISA—Una ladrona, sí, una pícara ladrona. ¿Por eso querías castigarla?

POLOLO—Porque la pata es muy zonza y no sabe defenderse.

LUISA—Bueno, hijito. Por toda esa gracia, Renata te perdonará la travesura. Verdad, Renata?

RENATA—Ese mimoso siempre está perdonado.

LUISA—Y vendrás con mamá á poner en salvo tu patita blanca. ¿Quieres que demos un paseo por el jardín, Roberto?

ROBERTO—Con mucho gusto. Aguarda á que ponga este objeto fuera del alcance de este demonio. (*Guarda el revolver bajo llave, en uno de los cajones*).

LUISA—Llévanos tú, Pololo.

POLOLO—Verás. Yo se muy bien dónde están todos los nidos. (*Váanse los tres por el jardín*).

ESCENA III

MIJITA—RENATA

RENATA (*Una vez que se han ido recoge prolijamente los pedazos del artículo roto por Roberto*).
MIJITA—¿Qué haces, muchacha?

RENATA—Recojo unos papeles que he roto impensadamente.

MIJITA—¡Ah! (*Pausa*) ¿Sabes que anoche la pobre Luisa no ha estado bien?

RENATA—Lo sé. Te sentí varias veces levantarte.

MIJITA—Pero no tosía ni tenía fiebre ó fatiga como otras veces ...

RENATA—(*Con indiferencia, ocupada en recomponer los papeles*). ¿Y qué tenía?

MIJITA—(*Impaciente*). Te aseguro que lo pasó muy mal!....

RENATA—(*Con igual tono que antes*). Ah, si! No dijiste tanto al principio. «De la.... sa.... sa.... sa.... ¿dónde estará el otro pedazo?.... sa.... Este es. De la salud. (*Levendo*). «Nadie tiene derecho á exigirle á la vida más de lo ... de lo que.... de lo que está en aptitud de darle».

MIJITA—(*Fastidiada*). Bueno. Si te interesan más esos papeletes que tu hermana, no te diré una palabra.

RENATA—Habla, mujer, habla. ¿De qué se trata?

MIJITA—Anoche Luisa....

RENATA—Lo pasó mal. Ya te oi. ¿Qué más?

MIJITA—¡Que más! Que más!.... Me atiendes como si hablara del gato. (*Severa*). Eso está muy mal hecho!

RENATA—¡Ay! Mijita malhumorada! Mijita rezongando!.... Es extraordinario. ¿Qué te ocurre?

MIJITA—Me ocurre, me ocurre que lo que está pasando en esta casa me tiene muy afligida. Vdes. van á matar á la hijita Luisa! Ustedes!

RENATA—¡Tanto has descubierto, Mijita!....

MIJITA—La están matando ya!.... Luisa está más aniquilada

por la indiferencia de Vdes. que por su misma enfermedad. Había regresado muy bien del Paraguay, llena de salud y de alegría, y en un mes que lleva de estadía acá, su buen humor, su apetito, sus colores, todo ha ido desapareciendo. Y con mucha razón. Ella tan mimada durante toda su vida, verse ahora cuando más necesita de la solicitud y la ternura de los suyos, arrumbada, abandonada como un mueble viejo é inservible....

RENATA—¿Es posible que tú también pienses en semejantes ridiculeces?

MIJITA—Es que observo las cosas! Tengo aquí los ojos. Aquí ¿me los ves? Bueno.

RENATA—Lo que falta ahora es que tú des alas á las cavilaciones absurdas de Luisa.

MIJITA—¡Ah! No crean contar conmigo otra vez para engañarla. Roberto había de resultar como todos los hombres: un zalamero farsante.

RENATA—¡Mijita!

MIJITA—No me harás callar. Estoy dispuesta á hablar fuerte hoy. Un zalamero mentiroso. Mientras la mujer le servía porque era sana y linda y fuerte, mucha devoción y mucho mimo. ¡Ahora para qué, si ya no la puede usar más!.. . Bandido!.... ¡Portarse así con una mujercita tan santa y tan desgraciada!....

RENATA—Mijita, has perdido el juicio!

MIJITA—Todo el día, en tanto ella anda por ahí, por los rincones, consumida por la fiebre y la tristeza, el caballero, ó está en la calle ó está entregado á sus libros y á sus escrituras como si no tuviera otra cosa más importante que atender. Y tú!.... Bueno; en verdad de tí nada puedo decir porque siempre fuiste poco expansiva, pero Luisa no está como para acordarse de ello y atribuye tu retraimiento á temor, indiferencia ó que sé yo, si no es que pasan otras ideas más tristes por su cabecita.

RENATA—(*Un poco alterada*). ¿Qué sospechas, Mijita? ¿Qué ideas son esas?... Dilo enseguida.

MIJITA—¡Hijita!... Yo no he querido decir nada. Es una manera de expresarme nada más.

RENATA—No intentes disculparte. ¿Cuales son las ideas tristes á que te refieres?... Vamos, dímelas, Mijita, y muy pronto, si no quieres verme alterada.... ¡Vamos, vamos, vamos!... Habla!...

MIJITA—Pero si es un absurdo. Yo te conozco muy bien y sé que serías incapaz ...

RENATA—De qué? Explicáte de una buena vez!...

MIJITA—Mira: te juro que ella no ha dicho una sola palabra, pero.... ¡Oh, tú sabes muy bien que soy incapaz de mentir! . Nada ha dicho, pero en más de una ocasión se le han escapado expresiones que.... Bueno; yo no digo más por que es una cosa muy fea y muy triste....

RENATA—¡Oh, empiezo á comprender!....

MIJITA—Entonces, se acabó....

RENATA—No se acabó. Es necesario que completes tus pensamientos.

MIJITA—Ella empieza á darse cuenta de que la estás reemplazando demasiado en esta casa...

RENATA— ¡Demasiado!

MIJITA—No se cree tan enferma para no poder ayudar á Roberto en sus trabajos ¿me comprendes?... Y luego los niños. Teme que acaben por perderle el cariño. Y en eso no le falta razón porque las criaturas á fuerza de estar bajo tus cuidados hoy casi te prefieren. Y luego la frialdad de Roberto y el verlos á Vdes. siempre juntos...

RENATA—¡Oh, basta!... Basta, Mijita!... Una palabra más sería una injuria, ¿me oyes?... Basta!...

MIJITA—Te juro mi hijita, que yo...

RENATA—Basta... Vete de aquí... (*Se pasea nerviosamente*).

MIJITA—(*Compungida*). No supongas que yo piense nada malo de tí, mi hijita... Ni la hijita Luisa tampoco

co... No vayas á decirle nada ¿quieres? Atiéndeme: si he hablado es porque tengo mucho miedo, mucho miedo. La hijita Luisa tiene pensamientos extraños en su cabeza; me entiendes? Y debemos quitárselos! Por eso, por eso nada mas, he dicho lo que he dicho, por la paz de esa desdichada criatura!...

RENATA—(*Como si acabara de adoptar una resolución*). Está bien. Que Roberto no llegue á enterarse de nada de esto!...

MIJITA—Puedes estar tranquila. ¿Qué piensas hacer? Medita bien las cosas, hijita, antes de tomar algún partido, no sea que empeores mas la situación.

RENATA—No preciso consejos. Déjame sola.

MIJITA—(*Yéndose*). ¡Las pobres hijitas!...

ESCENA IV

RENATA—después LUISA y ROBERTO

RENATA—¡Oh!... Tenía que suceder!... (*Se sienta. Después de unos instantes de honda reflexión, recoge los fragmentos del artículo de Roberto, los contempla un momento como indecisa y luego acaba de desmenuzarlos, arrojando con rabia los pedazos al cesto*).

LUISA—(*En acalorada discusión con Roberto*). ¡No, no y no!... Esta vez no transijo. ¡Oh!... Demasiado han jugado ya Vdes. con mi voluntad!... (*Irritada y nerviosa va á sentarse en una silla*). ¡No!... ¡No, no y no!...

ROBERTO—Cálmate, Luisa. Yo no insisto. Fué una simple idea que me pareció propio consultarte. Figúrese Vd. Renata, que se me ocurrió que á los niños les sentaría muy bien un mes ó dos de campo, le expongo la idea y estalla como un cohete sin atender á mis razones, ni siquiera á mis excusas.

LUISA—Porque conozco las razones y las excusas de Vdes.

ROBERTO—¿Porqué pluralizas? Creo que Renata nada tenga que ver...

LUISA—Sí, comprendo que se trata de un nuevo complot para separarme de mis hijos!

ROBERTO—No digas disparates... No te perturbes así Luisa!...

LUISA—Es que...

ROBERTO—(*Interrumpiéndola*). Déjame hablar; no es cosa de que tú lo digas todo. Séamos razonables.

LUISA—No insistas porque será inútil...

ROBERTO—Ni lo pienso, Luisa. Te quedarás con ellos, no irán al campo ni á ninguna parte; no saldrán de tu lado!... ¿Estás conforme?

LUISA—Lo estaré cuando me den la razón los hechos.

ROBERTO—¡Oh, eso es terquedad, Luisa, ó mas bien ganas de mantener el entredicho.

LUISA—Así han procedido siempre. Así!... Así!... Insidiosamente! Cuando me revelo fingen renunciar á todo para aplacarme y recuperar mi credulidad y mi confianza. Pero luego empiezan los zapadores á socavar mi resistencia y una concesión arrancada hoy á mi debilidad y á mi descuido es el pretexto de otra mayor que me arrancarán mañana y de otra, y de otra y de otra, hasta que les entregue todo. (*Con creciente exaltación*). Así!... Así!... Paciente é insidiosamente han ido relajando poco á poco mis energías, maleando mi voluntad, limitando mi independencia, mi altivez, mi albedrío, acorralándome, estrechándome, reduciéndome... Así! Así! Así!... De esa manera, con procedimientos tan inícuos, tan...

ROBERTO—¡Oh! Basta, Luisa!... Cálmate!...

LUISA—No. No me desdigo. Con procedimientos tan inícuos han ido consumando el crimen, sí, sí, el crimen de despojarme de mis atributos de esposa y de madre, de la facultad de gobernar mi existencia é intervenir en la existencia de los míos y de todo, por el delito de tener la salud precaria como si los bienes de este mundo fueran un patrimonio exclusivo de la carne, mas que un derecho de la salud moral!

ROBERTO—No te exasperes así, Luisa. Cálmate! Cálmate! Tranquiliza esos nervios que hoy estan endemoniados. ¿Quieres un poco de bromuro? Tranquilízate y conversaremos de todas esas cosas. Verás cómo pronto espanto los fantasmas de esa cabecita. ¡Oh! No. No intentes proseguir. No te permitiremos continuar en ese tono.

LUISA—¿Lo ves? ... Lo ven! ... ¡A esta lastimosa incapacidad de ente irresponsable me han reducido! No puedo ni pensar ni discernir con mi propia autonomía. Son los nervios ó es la fiebre lo que piensa, razona, se exalta y se revela en mí. ¡Oh, ni el derecho de injuriarlos me van á dejar! ...

ROBERTO—(*Sonriendo con benevolencia*). ¡Oh! Criatura! ... ¿Acaso no lo estás ensayando? ... Vamos, vuelve en tí ...

LUISA—Basta! ... No continúes en ese tono que me exaspera. Estoy harta de tu lástima. Estoy harta y empalagada de tu compasión. Protesta una vez, rebélate, enfurécete, castígame, maltrátame, arrástrame por los suelos, arráncame la carne á pedazos y me devolverás la conciencia de mi existir ... Mortifícame! ... ¡Oh! no puedo vivir así! ... No quiero vivir así! ... No quiero vivir así! ... No quiero vivir así! ... (*Su exaltación se resuelve en una crisis de lágrimas y cae en brazos de Roberto que la acaricia intensamente conmovido*).

ROBERTO—¡Mi pobre Luisa! ¡Mi triste enfermita! ...

LUISA—¡Oh! Roberto. . . Roberto! (*Solloza hondamente, estrechándolo, palpándolo, aferrándolo rabiosamente en ciertos momentos como para asegurarse de su presión. Renata después de contemplarlos un momento entra en una habitación inmediata y regresa trayendo un frasco y una cuchara*).

ROBERTO—(*Al verla*). Sí, muy bien pensado! ... (*Mientras Renata llena la cuchara*). Mi Luisa! ... Cálmese. . . Tome. . . Esto la confortará! ... Serénese un poco! . . Beba . . . Es bromuro. . .

LUISA—No quiero! ... No quiero nada! ... (*Vuelca el remedio*

de una manotada). Quiero vivir!... Devuélvanme la vida!...

ROBERTO—Sé razonable!... Para vivir es necesario recuperar las fuerzas... (*Renata llena de nuevo la cuchara*). Por ahora beba, beba esto! Sea buena!... Yo le prometo hacer su voluntad... Modificar las condiciones de nuestra vida. Beba...

LUISA—(*Después de una pausa, reaccionando como en un despertar lento y perezoso*). Sí... Dame... Necesito reponerme... (*Bebe*). Ah!... Siéntame... Estoy cansada... Me duelen todos los músculos...

ROBERTO—Los nervios te han zurrado, Luisa... (*Conduciéndola al diván*). Reclínate... A tu gusto... Así!... Así!... ¿Te sientes bien?

LUISA—Sí... Estoy aliviada... Pero experimento una sensación extraña... que no podría explicar... un doloroso bienestar... Sufro y no sufro...

ROBERTO—(*Que se ha sentado en el suelo junto á ella*). Es la savia que recupera sus cauces.

LUISA—¡Quisiera estar siempre así!... Siempre... siempre...

ESCENA V

Dichos—UN CRIADO

CRIADO—Con permiso. Buscan al señor...

ROBERTO—(*Sin volverse*). ¿Quién?

CRIADO—De la imprenta. Desean hablar con Vd.

ROBERTO—Dile que no estoy.

CRIADO—Yo... Como no tenía orden...

ROBERTO—Entonces, que aguarde.

CRIADO—Está bien. (*Mutis*).

LUISA—Ve, Roberto. Atiéndelo. Por mí no descuides tus asuntos. Estoy bien ya... Vé... Cuando vuelvas habré recuperado el dominio de mis facultades y entonces conversaremos mucho, tranquilamente.

ROBERTO—Si es así, obedeceré á mi buena, á mi santa mu-

jercita. (*La besa en la frente*). Renata, la dejó á su cargo.

RENATA—Pierda cuidado, Roberto. Se la devolveré á Vd. curada por completo.

ROBERTO—Lo creo. (*Mutis*).

ESCENA VI

LUISA—RENATA

RENATA—(*Después de una larga pausa, á la expectativa de un pretexto para entablar el diálogo se aproxima á Luisa que ha permanecido absorta en sus meditaciones con la vista fija en el techo*). Luisa. Yo me voy.

LUISA—(*Incorporándose, iluminada por una esperanza, sin disimular su impresión*). Cómo! ¿Qué dices? ¿Tú, tú, te vas?

RENATA—Sí. Me voy.

LUISA—Tú!... No puede ser!... Aguarda un instante... Estoy todavía perturbada.

RENATA—No, hermana mía, no intentes disimular ó disfrazar tus impresiones!... Le he prometido á tu esposo que te curaría y aquí me tienes de médico del alma operando en carne viva... Me voy. He comprendido que el mas grave de tus males soy yo.

LUISA—¿Porqué, porqué dices eso, Renata? . . .

RENATA—Tú estas celosa.

LUISA—¡Oh! . . .

RENATA—No lo niegues. Tienes celos de mí. Escúchame un instante, sin interrumpirme, sin protestar sobre todo, porque ademas de no ser sinceras tus protestas perjudicarían la claridad de cuanto pienso decirte y debes oirme. No temas que trate de ensayar mi defensa ó de hacerte la caridad de un consuelo. Eso sí, como punto de partida te diré que jamás, jamás cruzó mi imaginación el pensamiento de disputarte nada de lo que era y es tuyo. Te digo esto porque en otro tiempo hubimos de ser rivales en la conquista de Roberto. Fuiste la preferida, te casaste

con él y yo tuve que vivir al amparo de tu hogar porque quedaba sola, pero vine á él sinceramente y sinceramente compartí siempre las alegrías y los dolores de tu vida.

LUISA—¡Oh! Sí! Es verdad, Renata.

RENATA—Bien. Después sobrevino tu enfermedad. De ahí parten todas las contrariedades. Yo cometí entonces el error de arrogarme atribuciones y derechos. . .

LUISA—No hables así, Renata.

RENATA—(*Convincente*). Te juro que lo digo sin ironía. Fué un error. En tu reemplazo asumí el gobierno de esta casa, pero con excesivas atribuciones. Estabas grave, te morías, Roberto no atinaba mas que á lamentarse y en esas horas de tribulación fuí el espíritu fuerte que lo sostuvo todo. Los médicos aconsejaron el aislamiento de tus hijos y me convertí en la madre de tus hijos. Otro error.

LUISA—(*En tono de reproche*). ¡Renata!

RENATA—Te sustituí demasiado. Procuré siempre que no echaran de menos el calor de tu afecto, y tus largas ausencias por un lado y la prodigalidad de mis ternuras por el otro han hecho que las inocentes criaturas se habitúen á mi trato y me prefieran. Luego tu interminable convalecencia, la indecisión, la perpetua inquietud en que hemos estado todos con respecto á tu suerte es otra causa de que no se te haya permitido intervenir como antes en el gobierno de tu hogar. Tú eras el amanuense de Roberto, copiabas sus escritos, le ayudabas á corregir las pruebas. También te reemplacé. Roberto no podía consentir que te entregaras á una tarea fatigosa.

LUISA—¡Y también Roberto se habituó á tí! . . .

RENATA—Precisamente. Se ha habituado. Y acabas de sugerirme la síntesis de todo lo que nos pasa. Se trata de una cuestión de costumbre. Nos íbamos acostumbrando al estado de cosas que creara tu enfermedad.

LUISA—Es decir, anticipando los hechos, descontando mi desaparición, habituándose preventivamente á la idea de mi muerte. ¡Oh! ¡Pero está muy lejano ese día!...
¡Me resta mucha vida aún!...

RENATA—Por eso es que quieroirme de acá; pára que nos *desacostumbremos* todos. He debido hacerlo mucho antes de que te presentaras á reclamar tus fueros...

LUISA—¡Oh! Perdóname, Renata. Si me he rebelado es porque estoy convencida de que voy á curarme pronto.
¿No lo crees así, Renata?

RENATA—Lo creo, Luisa.

LUISA—(*Con cierto aturdimiento nervioso*). Mira: antes cuando creía estar tuberculosa, antes del fracaso del suero Behring y del viaje al Paraguay que tan bien había de probarme, me había resignado á morir. ¡Inagínate! Me había resignado á mi suerte, y muchas veces á solas con mi tristeza, pensaba en la situación en que quedarían Vds. después que yo muriera; pensaba en mis hijitos, en Roberto, en tí, en el destino de los seres más queridos y hallaba muy lógico todo lo que hoy, sana, me resulta un despojo. ¡Ah! Si Roberto y Renata se casaran!... Y acaricié esa idea, cuya enunciación me hace temblar en este momento, te lo confieso, como una prolongación de mi reinado en el alma de Roberto y una suerte para las pobres criaturitas que poco iban á echar de menos el cambio de madre. Pero luego cuando empecé á sentirme fuerte, cuando volvió á mi ánimo, esta certidumbre, esta seguridad que tengo de vivir y de curarme, la idea se ha convertido en una dolorosa obsesión. Sí, Renata, tienes razón! Estaba y... estoy celosa!... Nunca sospeché de tí, te lo juro, pero temía por él. Lo veía, lo veía habituarse... acostumbrarse demasiado á tu compañía, á tu contacto, á tu solicitud, miraba en redor mío y me veía tan substituída por tí, que no pude, no tuve fuerzas para dominar mis inquietudes y me dejé arrastrar por el te-

mor y la duda hasta el extremo doloroso en que me has sorprendido, de recibir la noticia de tu partida sin alientos para decirte: quédate hermana mía!...

RENATA—Adiós, Luisa. Roberto te quiere, te quiere como antes.

LUISA—Tú lo crees, tú estás segura, ¿verdad? de que me quiere!...

RENATA—Sí. Estoy segura así como estoy segura de que muy pronto sanarás de esa...

LUISA—De esta bronquitis.

RENATA—De esa bronquitis.

LUISA—Yo lo siento. Ya la tos no me acosa como antes, respiro más á gusto y estoy de mejor semblante y mas gruesa, ¿verdad? ¡Ah, qué emoción, poder pronto, muy pronto, ocupar mi puesto de madre y de esposa, besar á mis hijitos como antes... Porque yo ya puedo besarlos sin temor, ¿no es cierto?...

RENATA—¿A los niños?... No. Todavía no sería prudente que te entregaras demasiado á ellos. Pero es cuestión de aguardar unos días más á que estés completamente restablecida.

LUISA—Tienes razón. Es preferible. ¿Y á dónde vas, Renata?...

RENATA—No lo he determinado aún. Pero es muy posible que vaya á refugiarme á casa de los viejos tíos provincianos.

LUISA—No les serás muy gravosa porque como tienes tus rentas...

RENATA—¿Mis rentas?... Sí... Sí...

LUISA—Supongo que te pondrás de acuerdo con Roberto...

RENATA—Ahora no. Roberto debe ignorar, como comprenderás muy bien, las causas de esta determinación. Yo me voy ahora mismo. Tú te encargarás de disculparme, de justificarme ante él. Adiós, Luisa. (*Le tiende la mano*).

LUISA—No, Renata. Así no. (*La estrecha y la besa con ternura*). Así!.. Así!.. ¡Gracias, hermana, gracias!.. Cuando esté

curada, cuando todo haya vuelto á su quicio, volverás, verdad? Te iremos á buscar con Roberto y con los nenes... Adiós, hermana.

RENATA—Adios, Luisa. (*Mutis*).

ESCENA VII

LUISA, después ROBERTO

LUISA—¡ Ah!... Era necesario!... (*Se deja caer en el diván con laxitud extrema*). Ahora recomencemos á vivir.

ROBERTO—(*Entra. Se dirige al escritorio, y comienza á revolver los papeles buscando algo que no encuentra*).

LUISA—¿ Qué buscas, Roberto?

ROBERTO—Unas pruebas que tengo que corregir. Renata sabrá dónde están. (*Llamando*). ¡ Renata! (*A Luisa, afectuoso*). Y... ¿ estamos mejor? ¿ Te has tranquilizado?

LUISA—Por completo. Me queda un poquito de laxitud.

ROBERTO—Está claro. No se juega impunemente con el temperamento. Ahora tienes que prometerme que no volverás á dejarte arrastrar por esos odiosos nervios. ¡ No sabes cuánto nos has mortificado!... (*Llamando*). ¡ Renata!... Hay que tener más formalidad, señora mía!... ¡ Renata!

LUISA—No la llames. Es inútil.

ROB.—¿ Por qué? Ha salido? Yo estaba en el vestíbulo y no la he visto pasar.

LUISA—Se ha ido.

ROB.—No puede ser. No acostumbra salir á estas horas.

LUISA—Se ha marchado para no volver.

ROB.—¡ Qué dices, Luisa! No. No. Es una broma tuya. Eso no puede ser cierto.

LUISA—Se ha marchado para no volver... Me encargó que la disculpara contigo.

ROB.—¡ Ah! Luisa! Luisa!

LUISA—A mí también me pareció extraño...

ROB.—Luisa. ¡Tú la has echado!... ¡Tú la has echado!...

LUISA—Te aseguro que no.

ROB.—(*Cada vez más exaltado*). ¡Tú la has echado!... Dime la verdad!... responde!... Tú... tú has sido... Tú, Luisa. ¿Por qué has hecho semejante cosa? Por qué?

LUISA—(*Severa, reprendiéndolo*). Esos modales, Roberto!..

ROB.—Has cometido un delito, Luisa!...

LUISA—¿Por qué supones que la haya echado?...

ROB.—(*Sin oírle*). Un delito!... Un delito!... Un delito de lesa gratitud.

LUISA—Atiende, Roberto. Mira que es muy extraño que te exaltes así...

ROB.—(*Como antes*). Tamaña desconsideración con la pobre Renata, tan buena, tan solícita, tan devota, tan fiel... ¡Oh!... Era deliberada entonces la escena que hiciste hace un momento!...

LUISA—(*Con firmeza*). No. No, Roberto. Renata se ha ido por su voluntad.

ROB.—Pero Luisa, si eso no puede ser! Renata es una mujer razonable y de buen sentido. Si hubiera tenido el propósito de abandonarnos, lo habría anunciado previamente, lo habría justificado de alguna manera. Una fuga así, es inconcebible en ella. Veamos, Luisa. Si es verdad cuanto me dices, si es cierto que se ha ido para siempre, su determinación tiene que obedecer á un grave, á un gravísimo motivo y ese motivo tú no puedes ignorarlo. Acabo de expresarme con alguna intemperancia. No pude disimular la impresión de tu noticia, tan inesperada y tan desagradable. Habla, Luisa, habla. Dime con franqueza lo que ha ocurrido. Comprenderás que es preciso aclarar este misterio para desagraviar cuanto antes á la buena hermana. Yo, por mi parte, no creo haberla dado un solo motivo de resentimiento...

LUISA—Tampoco yo. Renata hace un instante, cuando tú te alejaste, me comunicó, con su frialdad habitual...

ROB.—¿Su frialdad?...

LUISA—Sí, con su frialdad habitual, que había determinado irse á vivir con los tíos á provincias.

ROB.—Entonces estará preparando su equipaje. ¡Oh! Felizmente estamos en tiempo de contenerla ó de exigirle una explicación de su actitud. Voy á verla! (*Llamando*). ¡Renata!...

LUISA—No vayas. Será en vano. Se ha ido ya!...

ROB.—¿Así?

LUISA—Así.

ROB.—¿Con lo puesto, sin llevar equipaje, sin decirme adiós, sin besar á los niños siquiera?...

LUISA—Así. Me dijo que quería evitarse la mortificación de una despedida.

ROB.—Ella? No puedo creerlo. ¡No, no y no!... Tampoco puedo creer que su hermana, la compañera afectuosa de tantos años, la haya dejado ir así, como á una criada, sin exigirle una explicación, sin que brotara de tu corazón una frase de protesta ó un argumento capaz de retenerla, un día, una hora, un minuto, el tiempo necesario para que entrara en razón ó para que se fuera si es que había de irse con todos los honores de su dignidad. No. No te creo. Tú me engañas. Tú la has ofendido gravemente, tú la has arrojado de esta casa. ¡Luísa, Luisa! Tú has cometido un crimen!

LUISA—Roberto! Olvidas que en todo caso habria ejercido un derecho!...

ROB.—¡Ah! Lo confiesas!...

LUISA—No confieso nada. Te recuerdo simplemente que soy tu esposa.

ROB.—Magnífica ocasión de ejercer tus derechos de esposa! Magnífica! Tienes que estar muy perturbada y fuera de tí, Luisa, para que intentes justificar de esa manera tu conducta. ¿Ignoras lo que ha hecho Renata, por tí y por todos nosotros?...

LUISA—No lo ignoro, ni pretendo desconocerlo.

ROB.—Ignoras entonces lo que vale el sacrificio de una vida.

Te quejabas no hace mucho de un despojo. Ella era el único despojado entre nosotros. Ella. Le hemos arrebatado la juventud ¿entiendes? las ilusiones, las esperanzas, la frescura, las alegrías de su juventud, lozana como una primavera.

LUISA—Roberto, no hables así!... Me haces daño!

ROB.—La hemos marchitado, la hemos envejecido de cuerpo y de espíritu, le hemos puesto una toca de monja, avezándola prematuramente en la contemplación del dolor y la miseria.

LUISA—Roberto, tú la amas!...

ROB.—(*Sin oír la*). Todo nos lo ha dado, todo nos lo ha sacrificado, con un desinterés supremo, con una abnegación sin límites. ¿Sabes porqué desistió de su enlace? Para ser la madre de nuestros hijos. Sí. Para ser la madre de hijos ajenos, renunció á las emociones de la propia maternidad.

LUISA—Roberto, tú la amas!

ROB.—(*Como antes*). Renunció á su independencia, á su reposo, al hogar feliz que la aguardaba como una dulce realización de sus más acariciados ensueños, para venir á compartir la miseria de nuestra vida sin sonrisas. Nada le quedaba por entregarnos á esa noble criatura, ni los bienes materiales. Con su fortuna hemos comprado un poco de oxígeno para tus pulmones.

LUISA—Roberto, tú la amas!

ROB.—¡Oh! Ese tenía que ser el pago de tanto heroísmo. La injuria de una odiosa, de una abominable sospecha. ¡Oh! No!... No!... No!... No será así!... Tú has perdido el dominio de tus sentimientos. La fiebre te ha hecho cometer el crimen. Tenemos que reparar, sí, reparar la horrenda injusticia. ¡Oh! (*llamando*) Renata!... Tenemos que pedirle perdón de rodillas, de rodillas!... Renata!... Corro á buscarla!... (*Lo hace*).

LUISA—No, no la llares!... No la llares, Roberto!... Me condenas, me matas!... Roberto!...

ROB.—(*Desapareciendo, alterado y descompuesto*). Renata!... Renata!... Renata!...

LUISA—(*Al mismo tiempo*). Roberto!... Roberto!... Roberto!... (*Cae de rodillas junto á la puerta sollozando—Pausa. Luego se incorpora y con gesto de supremo desconsuelo*). Todo, todo ha concluído!... Todo!... (*Se desploma en una silla y se entrega á un agitado proceso mental. Se alza después de unos instantes con la seguridad de una resolución enérgica y corre hacia el escritorio, forcejeando por abrir el cajón en que Roberto ha guardado el revolver*) ¡La completa liberación!...

ESCENA VIII

MIJITA—(*Que ha visto azorada los últimos movimientos de Luisa, aproximándosele*). ¡Hijita Luisa!...

LUISA—(*Con un movimiento brusco de sorpresa*). ¿Qué quieres, aquí, Mijita?... Vete.

MIJITA—Pero Luisa!... ¿Qué haces? ¿Qué buscas?

LUISA—(*Dominándose y mintiendo*). Yo... Nada. Buscaba unas carillas escritas... de Roberto. Está con llave el cajón. ¿Sabes? ¿Quieres ir á pedirselas á Roberto?... Traérmelas!... Sí. Corre á traérmelas.

MIJITA—Voy, Luisa!... (*Se aleja lentamente, volviendo la cabeza con desconfianza*).

LUISA—(*Así que Mijita le da la espalda reanuda nerviosamente la tarea de forzar la cerradura*).

TELÓN

ACTO TERCERO

LA MISMA DECORACIÓN DEL ACTO II—UNA LÁMPARA CON ABATJOUR
ILUMINA DÉBILMENTE LA ESCENA

ESCENA I

RENATA — ALBERTINA — MIJITA

ÉSTA, HUNDIDA EN UN CANAPÉ, DUERME PROFUNDAMENTE

RENATA—Debe ser muy tarde ya!... (*Va á mirar el cielo sin
descorrer las cortinas*). Es de noche aún... (*Volviéndose*).
Pero cantan los gallos. ¿Qué dirán en su casa, Alber-
tina?

ALB—¡Oh! Duermen todos.

RENATA—Ramos es un trasnochador impenitente.

ALB—El club, Renata. Felizmente, ahora poco cuida de su
profesión, pero antes, antes ese hábito era un verda-
dero sacrificio. Acostarse á las cuatro ó las cinco de
la mañana y tener que levantarse dos ó tres horas
después para atender su clínica y visitar á los enfer-
mos. Figúrate! Vds. estarán muy rendidos?...

RENATA—Yo no siento la menor fatiga y eso que en estos
dos días, tres casi, habré dormido á lo sumo un par
de horas de continuo. Roberto ha descansado me-
nos, pero está horriblemente sobreexcitado. Se sos-
tiene á fuerza de café que bebe en dosis enormes, y
de licores...

ALB—Deben procurar que descanse.

RENATA—¡Quien lo convence!... Ahora si las noticias que
nos dá Ramos son favorables, como lo espero, trata-
remos de que tome un calmante.

ALB—Ramos le dejó ayer una fórmula de cloral.

RENATA—Tendrá que hacérsela beber él mismo. Si él no lo
convence... (*Interrumpiéndose con un estremecimiento*).
¡Eh?... Qué es eso?...

ALB—Nada. Mijita que sueña fuerte.

RENATA—¡ Ah!... Yo también estoy con los nervios en tensión. El menor ruido me produce un sobresalto...

ALB—No es para menos, hija. ¿ Por qué no mandas á dormir á esa pobre vieja?

RENATA—Otro imposible.

ALB—Es que á este paso se van á enfermar todos!...

RENATA—Vamos á tentarlo. (*Se acerca á Mijita*). Vieja! Mijita!...

MIJITA—(*Irguiéndose con trágico sobresalto*) No!... no le hagan nada!... Yo la defiendo!... Yo!... Yo!... (*Despertando*). ¡ Ah! Eras tú!... Mira, casi me he dormido. Si no me hablas, seguramente me vence el sueño.

RENATA—¿ Por qué no te acuestas un rato, Mijita?

MIJITA—¡ Para qué, si no podría dormir!

ALB—Para que descanse el cuerpo. Tú no estás en edad de hacer estas pruebas...

MIJITA—Soy mas fuerte que todos Vds. Voy á ver si es hora de darle la medicina á mi hijita Luisa.

RENATA—Aguarda. Está el Doctor.

MIJITA—¿ Es posible? No puede ser. Yo lo hubiera sentido entrar.

RENATA—Te digo que está.

MIJITA—Hacen muy mal en dejarme dormir así, entonces. Demasiado saben que soy quien la atiende, quien le dá los remedios, única persona que puede cuidarla. La única que tiene derecho á cuidarla, la única, la única, la única... (*Se va refunfuñando por la derecha*).

RENATA—¡ Ahí la tienes!

ALB—Un perro.

RENATA—Un perro viejo, lunático. Acabas de oirla. Todo el santo día rezonga así. Nadie ama aquí como ella á la hijita Luisa; nadie sabe ni quiere cuidarla. Ni quiere cuidarla! El temor de perderla le sugiere las más extravagantes ocurrencias. Figúrate que en los primeros momentos hasta pretendía que Roberto no se acercara al lecho de Luisa. « Retírese de aquí. Usted es un miserable. Vd. es el causante de su muerte »...

ALB—Chocheces, manías de vieja.

RENATA—Tiene una teoría muy rara. Cree que la única expresión posible del dolor es el llanto, y las actitudes trágicas.

ALB—Ella sin embargo es la resignación misma.

RENATA—¡ Ah! Pero ella no es el marido ni la hermana de la pobre Luisa. La adora como la más tierna y cariñosa de las madres podría adorar á un hijo. Quizás la muerte de Luisa la lleve á la tumba, pero pretende que los vínculos de sangre tienen que determinar un afecto más hondo, más intenso que el suyo «el de una pobre sirvienta»—son sus palabras—y su pobreza de espíritu no concibe la serena resignación con que tanto Roberto como yo, aguardamos el desenlace previsto é inevitable del drama de esa vida amada. A eso obedecen sus recriminaciones...

ALB—El desenlace inevitable!... Ramos, desde que empezó á asistirle me dijo que sólo un milagro podría salvarla.

RENATA—Recuerdas cuánto se ilusionó con la noticia del descubrimiento de Behring!...

ALB—Pobre Luisa! Pobre amiga!... Lo que habrá padecido al ver desvanecidas sus últimas ilusiones.

RENATA—Se aferró en seguida, á la esperanza de un error de diagnóstico.

ALB—Pero ahora está convencida de su fin próximo.

RENATA—Parece desear la muerte como una liberación.

ALB—Qué tristeza!... Qué dolor!... Yo sería incapaz de resignarme á morir.

RENATA—Yo lo preferiría. Sólo deben vivir los sanos.

ESCENA II

Dichos—ROBERTO—RAMOS

ALB—(A Ramos). ¿ Y? ... ¿ Cómo la hallas ?

RAMOS—Mucho mejor. Reacciona enérgicamente.

ROBERTO—Vayan á su lado. Quiere verlas.

ALB—Tú me aguardas ¿verdad?... Supongo que me llevarás á casa, digo, si mi presencia no es necesaria mayor tiempo...

ROBERTO—Gracias Albertina. Vd. debe descansar.

ALB—Y Vd. nó?... Ramos, tienes que imponerle un poco de reposo à este otro enfermo. (*Mutis con Renata*).

ESCENA III

ROBERTO—RAMOS

ROBERTO—Siéntate.

RAMOS—(*Encendiendo un habano*). Mi gorro de dormir.

ROBERTO—¿Tienes otro?

RAMOS—Pardon. No te ofrecí porque creo que no te convienen mas excitantes. Es necesario que duermas, que des un poco de alivio à esos nervios que deben estar como cuerdas de violín. (*Le dá un cigarro*). ¿Tomaste el chocolate?

ROBERTO—(*Encendiendo*). ¿Para qué?... Quieres una copa de coñac?

RAMOS—Paso, como dicen los jugadores de pocker.

ROBERTO—(*Se sirve de una botella que está sobre el escritorio y bebe la copa de un sorbo*). No le he preguntado á Albertina por los niños.

RAMOS—Durmiendo á pierna suelta deben estar, con los nuestros.

ROBERTO—¿No han extrañado?

RAMOS—Muy poco. Les dura aún la novelería del cambio de vida. Preguntan por Renata con alguna frecuencia. ¿Luisa no ha insistido en verlos?

ROBERTO—Al contrario. Renata le ofreció esta noche llevárselos y se negó á recibirlos con singular energía.

RAMOS—A medida que la fiebre cede va recobrando el dominio de las cosas con una serenidad extraordinaria.

ESCENA IV

Dichos—RENATA

RENATA—(*Desde la puerta*). Doctor: pide que la transportemos al sillón. ¿Vd. cree que sería conveniente?

RAMOS—Pueden hacerlo. Tal vez esté más cómoda así...

ROBERTO—¿Necesitan ayuda?

RENATA—Parece que no. Se ha incorporado con mucha energía. En todo caso avisaremos. (*Mutis*).

ESCENA V

ROBERTO—RAMOS

ROBERTO—(*Se sirve una nueva copa de coñac*).

RAMOS—¿Más coñac? ¡No, hombre, no! No es razonable.

ROBERTO—Quisiera aturdirme un poco.

RAMOS—¿También piensas tú que el alcohol aturde? Duermeme. Lo necesitas. Podría darte una inyección de morfina.

ROBERTO—Déjame así. Dime ¿cuánto crees que pueda durar aún?

RAMOS—¿Luisa?... Es imposible precisar con certeza el desenlace. Si esta reacción continúa podrá tirar algunos meses.

ROBERTO—¿No tienes alguna complicación?

RAMOS—Tenemos que esperarlo todo.

ROBERTO—¿Todo, verdad? La muerte también.

RAMOS—Ya te lo he dicho. ¿Es que ese ánimo empieza á decaer? ¿Te espanta la inminencia del golpe final?

ROBERTO—No me espanta. Lo deseo, ¿sabes? (*Acentuando*). Lo deseo.

RAMOS—(*Estupefacto*). ¡Hombre!...

ROBERTO—Te parece una atrocidad. Pues es así, es así. Lo deseo.

RAMOS—Me explicaría ese sentimiento ante la perspectiva de una larga y dolorosa agonía. Pero en este caso no

existe semejante temor. Luisa se consumirá en una progresiva languidez, apacible y esperanzada.

ROBERTO - ¿Y si así no fuera?

RAMOS—Te aseguro que así será.

ROBERTO—¿Y si estuviera condenada al tormento de una agonía moral más cruel que todos sus dolores físicos?

RAMOS—No te entiendo.

ROBERTO—(*Después de cerciorarse de que nadie viene*). Yo le arranqué el revólver de las manos. ¿Comprendes, ahora?

RAMOS—Entendámonos, Roberto. Estás tan febriciente que no sabes lo que dices ó me vienes con una confianza literaria.

ROBERTO—No hago literatura. Luisa estuvo á punto de pegarse un tiro. La sorprendí en el momento en que violentaba la cerradura del escritorio y se apoderaba de mi revólver para matarse. Yo nada te había contado por falta de oportunidad ó mejor dicho, porque creí poder mantener en secreto este drama de mi hogar y de mi vida. Pero ese secreto se ha convertido en una obsesión espantosa, inaguantable, y antes que el delirio ó el alcohol me lo hagan decir á gritos quiero que tú me alivies de su peso.

RAMOS—Vamos. Serénate y habla.

ROBERTO—Yo puse el arma en manos de Luisa. ¡Yo! . . .

RAMOS—Ah! No! . . .

ROBERTO—Yo, yo, yo! . . .

RAMOS—No, no. En este tono no andaremos bien. Expón los hechos tranquilamente que ya le llegará su turno à la distribución de responsabilidades. No te castigues aún.

ROBERTO—(*Serendándose*). Sí, Tienes razón. (*pausa*). Tu conoces muy de cerca mi vida. Sabes que ha transcurrido sencillamente, sin lucha, sin conflictos ni complicaciones de ningún género. Mi matrimonio

no fué otra cosa que un episodio amable en la serenidad de mi existencia. Encontré á Luisa en mi camino, fresca, sana, hermosa, sutilmente espiritual y comprensiva. La amé, me amó y formamos un hogar modelo de apacible convivencia. Ni una nube, ni el menor barrunto de perturbación. Sanos de cuerpo y espíritu, ni ella ni yo podíamos aspirar á más. Pero sobreviene la enfermedad de esta criatura. ¡Eh! . . . No es nada. Un contratiempo, un factor negativo de antemano descontado en el fácil problema de nuestra dicha. ¿Qué se agrava? Un poco de inquietud, un poco de piedad y un *crescendo* de afecto y de ternura por la amada sufriente. ¿Qué se agrava más aún? ¿Qué se llega á temer por su existencia? Ese temor no me alcanzó; no llegó á conmover mi seguridad, mi optimismo, mi fé, la fé de mi salud en la resistencia de ese organismo plétórico de sanas energías. ¿Lo recuerdas? ¡Oh! . . . Pero luego vino la condena, la espantosa revelación de la impotencia humana contra los elementos inexorables, y ante ese fallo inapelable todo cuanto en mí vibraba se desmoronó. De esa fé mía que era un roble, fueron una á una cayendo las hojas, los brotes, desgajándose los retoños, y la fronda de mis esperanzas quedó convertida en mísero montón de cosas inertes, de hojas secas, de ramas sin sávia en redor del viejo tronco inmovible. ¡Oh! . . . Tú sabes cuanto he sufrido! . . . ¡Qué injusticia! Qué injusticia! ¡Qué injuria, el aniquilamiento de esa vida grávida de la eterna potencia! . . . ¡Qué dolor! . . . Sin embargo, yo estaba sano ¿me entiendes? sano, incontaminado. Subsistía el viejo tronco arraigado en el mismo corazón de la tierra y sus venas comenzaron á hincharse, á hincharse y la desolación de aquella derrota á animarse con la alegría de las verdes reventazones. ¡Oh! La salud! La salud! Madre egoísta del instinto creador, nos traza la ruta

luminosa é inmutable y por ella va la caravana de peregrinos de lo eterno y va, y va y marcha y marcha y marcha sin detenerse un instante, sin volver los ojos una sola vez, sordos los oídos al clamor angustioso de los retardados y los exhaustos que va dejando en el camino, que nunca se vuelve á recorrer. . . . Sí. Yo estaba sano. Me conformé. Me resigné! Los inconsolables caen bajo el dominio de la patología. Luisa incapacitada para las glorias de la maternidad, se convirtió para mí en un objeto de ternura, de infinita ternura. Era todo cuanto podía darle. Ella se conformó. Advirtió la mudanza, y reclamó sus derechos á la vida integral, sospechó la verdad de su estado y se la ocultamos para no atormentar más su larga agonía. Cuando hubimos de decírsela, no quiso creerla y desde entonces á medida que aumentaba su confianza en el porvenir, sus protestas se acentuaban por el despojo que presintiera en los primeros momentos y que no podía pasar inadvertido á su espíritu de análisis sutilizado y exacerbado por el mismo mal que la consumía. Un día no pudo más. Estalló. Arrojó á Renata de ésta casa ó consintió que se alejara en condiciones que significaban lo mismo. Yo no tuve bastante dominio sobre mis impresiones para disimularlas ó desnaturalizarlas y explotaron, estallaron con una violencia insospechada por mí mismo y corrí en busca de Renata, loco, ciego, sin comprender que dejaba en el espíritu de la infortunada compañera la desolación de una evidencia brutal, sin comprender que dejaba en sus manos el revólver con que había de sorprenderla un instante después, á punto de matarse.

RAMOS—¡Oh! Luego tú. . . .

ROBERTO—Amo á Renata. Sí, amo á Renata, con todas las fuerzas del alma y del instinto y con todos los derechos de mi salud. No puedo negarlo y no me

avergüenzo de esta pasión que no es una imprudencia ni un crimen.

RAMOS—¿Y Renata? . . .

ROBERTO—Ella nada sabe de esta tragedia. Volvió á esta casa cuando Luisa se puso tan mal, para asistirle con la devoción de siempre.

RAMOS ¿Ignora por completo tus sentimientos?

ROBERTO—Nada le he dicho. Nada le he dado á comprender, pero tengo la certidumbre de haberla atraído á mis destinos, con el imán de mis energías expansivas. Nada me acusaría pues, nada nos acusaría. Habríamos aguardado sin la menor impaciencia, te lo juro, aunque durara años la desaparición de Luisa, para emprender nuestra marcha. Luego aquí no hay más que un crimen, el horrendo crimen de haber amargado, envenenado los últimos días de la querida enferma, dejándole comprender la verdad de su despojo. Yo, yo, yo soy el único criminal. ¿Cómo evitar, cómo reparar los efectos del daño, cómo llevar un poco de paz á ese espíritu torturado por la desesperanza? Ahí tienes la explicación de mi problema. Resuélvelo si eres capaz.

RAMOS—¿La revelación fué tan decisiva?

ROBERTO—Talvez no; pero su convencimiento es inquebrantable. Ya lo ves. Iba á matarse.

RAMOS—Es muy posible que exajerases un poco y que eso que crees un convencimiento no sea otra cosa que una impresión transitoria. Por otra parte no hay nada más accesible al consuelo que un espíritu que empieza á sentirse corroído por la desesperanza. Cálmate pues. Tienes buen deseo y tienes ingenio. Prodígale tu solicitud y tu ternura y verás como pronto recobra su calma la pobre Luisa,

ROBERTO—¿Y sí así no fuera? . . .

RAMOS—Será así. Lo que hemos conversado me permite decirte sin ambages esta crueldad, deja que obre el mal, deja que obre el mal. El alma más tem-

plada se quebranta, las energías morales se relajan al par que las energías del organismo y acabamos por llegar á un estado que únicamente nos deja ver las cosas á través del cristal verde de la esperanza ó del cristal sonrosado de la ilusión. Si estás en paz contigo mismo no te atormentes más.

ROBERTO—¿Es un reproche? (*Clarea un poco*).

RAMOS—No, Roberto. Te he comprendido bien. Eres un fuerte. Pero toma un poco de cloral. Lo tienes por ahí. (*Buscando sobre el escritorio*). Debe ser éste. Bebe un par de tragos. (*Roberto toma el cloral*). Así.

ROBERTO—Y ahora dime, dime con franqueza ¿qué piensas de mí?

RAMOS—Hombre! Pienso, que eres un ingenuo.

ESCENA VI

Dichos —ALBERTINA—RENATA

ALBERTINA - Roberto, le traigo las mejores impresiones. Noticias de último momento. Luisa, duerme como una santa. Ha charlado con nosotras como en sus mejores días. Es un organismo prodigioso el suyo. ¿Verdad, Ramos? Un par de días más y la veremos por esos jardines vendiendo salud. Por lo pronto esta noche, ó mejor dicho, esta mañana no necesita de sus cuidados y podía Vd. descansar. Ella misma nos pidió que lo obligáramos á acostarse.

ROBERTO—¡Oh! Muchas gracias, Albertina.

RAMOS—Ya he conseguido que tome cloral.

ALBERTINA—Y tú también Renata debes irte á descansar....

¿Quieres algo para tus nenes?

RENATA—Un beso. Luego iré á verlos.

ALBERTINA—¿Nos vamos?

RAMOS—Aguardo tus órdenes.

ALBERTINA—Adios, Roberto. Mucho ánimo. Hasta luego Renata. (*Ramos se despide y ambos se van. De una iglesia lejana llaman á misa*).

ESCENA VII

ROBERTO—RENATA

ROBERTO—(*Se extiende perezosamente sobre el diván, cada vez más dominado por la fatiga. El calmante va amodorrándolo poco á poco.*)

RENATA—(*Después de acompañar á Albertina y á Ramos, se vuelve al escritorio disponiéndose á trabajar. La fatiga la invade también visiblemente.*)

ROBERTO—(*Adivinando la presencia de Renata*) Renata, ¿qué hace Vd.?

RENATA—Pongo en orden estas pruebas para corregirlas.

ROBERTO—¿De modo que no quiere descansar?

RENATA—Estoy desvelada y aprovecho el tiempo. *Pausa larga. Roberto se revuelve sin encontrar una postura cómoda.*

ROBERTO—Renata. ¿Sabe Vd. que los niños la extrañan mucho?

RENATA—No tanto. Dice Albertina que revolotean alegremente. (*Pausa más larga.*)

ROBERTO—Renata. Acérquese Vd., venga un momento.

RENATA—Con mucho placer.

ROBERTO—Siéntese á mi lado. Así. (*Después de un momento con voz y ademanes languidecientes.*) El doctor Ramos acaba de llamarme ingenuo por mi fé en las fuerzas conservadoras del instinto. ¿Qué piensa usted?

RENATA—Que tiene usted razón.

ROBERTO—¿Y porqué piensa así?

RENATA—Porque también creo.

ROBERTO—¿Vd. no teme que ese optimismo pueda ser criminal?

RENATA—No le entiendo.

ROBERTO—¿No ha llegado á pensar que pueda ser un pretexto para disculpar bajos, sucios, innobles apetitos?....

RENATA—Cabe en lo posible, tanto que es lo más frecuente

ver desnaturalizada la misión inequívoca de los sentidos. Por eso seguramente el Doctor Ramos le llamaba á Vd. ingénuo.

ROBERTO—¿Luego Vd. cree que nada tenemos que reprocharnos?

RENATA—(*Inquieta*). ¿Quiénes?....

ROBERTO—Nosotros. Vd. y yo....

RENATA—Roberto ¿porqué habla así?

ROBERTO—¿Piensa que nada tenemos que reprocharnos?

RENATA—No. No prosiga Vd. No le entiendo. No quisiera entenderlo.

ROBERTO—Nuestros destinos están ligados ya. Venga, venga. Hablemos serenamente del porvenir.

RENATA—No, calle Vd., calle Vd. Una palabra más y comenzaremos á ser criminales, horriblemente criminales. ¡Oh, porqué todo ha de ser así!....

ROBERTO—Renata. Yo la he amado...

RENATA—Basta, Roberto. Hemos concluido. Acaba Vd. de romper el encanto...

ROBERTO—Venga, Renata, venga. ¿Porqué mentir!....

RENATA—¿Porqué? ¡Oh! Mire Vd. un momento hacia allí!....
(*Señalando la habitación de Luisa*).

ROBERTO—No se mira hacia atrás. El lamento de los exhaustos no llega á la caravana ascendente de peregrinos de lo eterno. No llega, no llega, no llega. ..

RENATA—Se acabó, Roberto.

ROBERTO—No llega.... No llega.... No llega ... (*Se duerme*)

RENATA—(*Se vuelve y al verlo dormido*). ¡Oh!.... Era la fatiga.... El delirio lo hizo hablar.... (*Lo contempla un momento*). ¡Oh! Pobre compañero.... Noble amigo!.... (*Domina-da, vencida por la ternura, languideciendo con sensualismo enfermizo, se deja caer en la silla, besa levemente á Roberto en la frente, reclina la cabeza y queda adormecida*).

ESCENA VIII

Dichos—LUISA

(Aparece la figura expectral de Luisa. Avanza hacia la ventana; descorre las cortinas y los cristales. La luz de un amanecer esplendente de primavera inunda la escena y llegan ampliamente los rumores del despertar de la naturaleza. Luisa contempla el espectáculo, respira á bocanadas y luego se vuelve hacia el sitio donde Roberto y Renata reposan, gobernando sus pasos con visible esfuerzo. Al llegar á ellos no puede más y cae desvanecida).

RENATA—*(Se estremece por la impresión del airecillo matutino, se incorpora y ve á Luisa).* Luisa!.... Luisa!.... ¡Oh! Perdón!.... Perdón, hermana mía!.... Perdón!... *(La alza y la deposita en un sillón arrodillándose á su lado).* Perdón! Perdón!.... *(La sofocan los sollozos).*

ROBERTO—*(Despertándose amodorrado).* Luisa.... Renata!.... ¡Oh! Esto es un sueño! Una pesadilla horrible!.... *(Corre hacia ellos).* ¿Qué es eso Luisa, esposa mía?

RENATA—El crimen, Roberto. El crimen!....

ROBERTO—*(Balbucea algunas palabras incomprensibles).*

LUISA—*(Dulcemente).* Hijos míos Estoy cansada. *(Pausa).* ¡Qué hermoso amanecer!... *(Pausa).* Renata. Tengo sueño. Ponme una almohada. *(Renata coloca un almohadón á sus espaldas).* Así!.. . Así!.... *(Se adormece. Una pausa. Roberto se alza con un gesto de suprema inquietud, le toma el pulso, palpa sus sienes).*

RENATA—¿Muerta?

ROBERTO—No. Duerme!

TELÓN.

¡BRAVO SANCHEZ!

He referido más de una vez los argumentos de « El pasado » y « Los derechos de la salud », con el deseo de transmitir la profunda emoción que en su hora me produjeron esas dos producciones — las últimas — de Florencio Sanchez.

No sé si habré logrado el noble intento; no sé si habré sido creído, — aunque presumo que en algún espíritu selecto, — el de Belisario Arana, por ejemplo, — hablaba con él esta mañana, — ha quedado cierta curiosa inquietud respecto del joven autor.

Algo se conquista, á fuerza de sinceridad y de entusiasmo, por medio de esa propaganda ingénua de la conversación, en la que también se corre el riesgo de fracasar ante el gesto de los desdeñosos ó la mueca de los incrédulos, cuando el propagandista no ha hecho un libro, ni adquirido un título, ni alcanzado un éxito, — siquiera mediocre, — por esfuerzo continuado ó espontánea manifestación.

Muy feliz me consideraría si al volver á la escena aquellas obras de Sanchez, descubriese yo en la sala algunos espectadores que se hallasen allí por cuenta de mis referencias y de mis crónicas verbales.

La última noche de « Los derechos de la salud », mientras el telón subía y bajaba entre las aclamaciones del público, yo buscaba ansiosamente á nuestros hombres de letras, á nuestros aficionados, á nuestros críticos, y me preguntaba, al no verlos, con qué derecho se pretenden tales, cuando no

son capaces de ir á rendirse frente á un triunfo indiscutible del talento, frente á la primera prueba real de gran teatro verdadero, concebido y ejecutado amplia y definitivamente por una inteligencia bien nuestra.

¿Es que no hay solidaridad intelectual, ó es que cuesta mucho admirar y aplaudir todavía en Buenos Aires? Lo primero podría ser consecuencia de lo segundo; pero también podría ser explicación y causa.

Era muy común considerar á Sanchez como un feliz autor de primeros actos; pero «El Pasado» y «Los derechos de la salud», son obras perfectas en su plan y en su desarrollo, notándose que el mismo soplo inspirador mueve la primera y la última escena y produce el desarrollo principal de las piezas. Era igualmente muy común la idea de que Sanchez se desprendería con dificultad de su teatro primero, del ambiente asfixiante y del medio bajo ó torpe de sus producciones anteriores; pero en éstas ha levantado todo por igual — nivel y lenguaje — sin incurrir en una sola vulgaridad, en una sola disonancia, en una sola falta de gusto.

Todo esto no se obtiene sino por el único medio legítimo de triunfar: el talento; todo esto no se alcanza sino por el único procedimiento capaz de llevar á la victoria: el trabajo.

¡Bravo Sanchez!

JUAN CANCIO.

CHARLAS DE UN MONTEVIDEANO

Hossanah!.... Hossanah!.... La obra robusta y hermosa, que desde hace tanto tiempo prometía el talento de Florencio Sánchez, ha venido por fin. La dramaturgia nacional cuenta, desde anoche, con una producción digna del más alto encomio, y que puede afrontar, serena y tranquila, el juicio de los públicos más severos.... No hablo así sugestionado por el trinar de los aplausos inacabables, ni por el estrépito de las aclamaciones entusiastas, ni por el número extraordinario de las llamadas á escena. Otros dramas de Sánchez obtuvieron quizás el mismo favor, pero ninguno, hasta ahora, me había causado una impresión personal tan intensa y profunda.... En todos encontraba algo que reprochar la índole crítica de mis aficiones teatrales, y sin desconocer en el joven y valiente autor, excepcionales condiciones para la escena, al constatar la seguridad de su instinto en materia de efectos y de recursos, muchas veces tuve que limitar el elogio, deplorando la evidente falsedad ó la exagerada audacia de ciertas «tésis», por él sostenidas, con un inmenso talento digno de ponerse al servicio de ideas menos pueriles .. No conozco «Nuestros hijos»; pero en todas las obras anteriores, notaba fallas, lagunas, puntos débiles, y, sobre todo, advertía un evidente artificio en la manera de solucionar los problemas sociales ó psicológicos, abordados, siempre, eso sí, con una laudable valentía ... El pensamiento de la obra era franco y honrado, pero los procedimientos escénicos, por medio de los cuales se desarrollaba ante el público, carecían muchas veces de esa honesta sinceri-

dad.... Sánchez se mostraba, desde los comienzos, demasiado hábil, dueño en demasía de todas las «ficelles», más ó menos autorizadas, del arte en que tanto renombre ha de conseguir. Pero la obra estrenada anoche, tiene el mérito de ser fuerte y sana por la dolorosa verdad de su tésis, y maravillosamente bella, desde el principio hasta el fin, por la perfección de su forma. Es, en mi humilde opinión, la obra de un maestro, y no sé quién en la hora presente, y hállese donde se halle, es capaz de escribir nada mejor. Bernstein y Hervieu han obtenido la celebridad con dramas que no superan, bajo ningún concepto, al que anoche aclamó un público delirante. Idea fundamental novedosa, clara y exacta; argumento sobrio y lleno de interés; originalidad en las situaciones; riqueza de observación psicológica; caracteres lógicos y bien trazados; acción rápida y segura; diálogo admirable por la naturalidad, el colorido, y la elocuencia.... todo eso hay en «Los derechos de la Salud». Producción modernísima por su tendencia doctrinaria, casi clásica, resulta por la sencillez de sus recursos y la sobriedad de su belleza. Está impregnada de ese optimismo despiadado y cruel que Nietzsche ha inculcado en las almas contemporáneas, y que da razón hasta á las mismas perversidades de la vida. El médico dice á Roberto, en el último acto, una frase profunda: «Deja que obre el mal!» De ese mal han de surgir los bienes del futuro, gracias á la renovación fatal, constante y consoladora, que se produce en las razas, en los sucesos, en la naturaleza entera.... La misma muerte engendra. Es una transmutación. El cadáver se deshace: mañana será gusano, después mariposa, más tarde flor, quizás. Del mismo modo los afectos que se mueren se transforman también: á amores viejos suceden nuevos amores, y ninguno de los preciosos jugos de la vida, se pierde ó se volatiliza para siempre en los alambiques del alma ... «Dolor, no eres eterno!.... Oh, mal! No duras siempre!» clamaba el creyente cantor de la duda, y Sánchez, con menos ampulosidad y más precisión, afirma que «los inconsolables caen bajo el dominio de la patología».... Sí: son enfermos, y tristes enfermos por cierto, los que se niegan á aceptar las compensaciones que la vida,

siempre generosa, ofrece á todos los dolores y á todas las miserias. No hay herida, por profunda que sea y por enconada que esté, que no pueda y no «deba», curarse ... La felicidad no es un privilegio: es una «obligación» para los que alcanzan á comprender el significado superior de la existencia, desde que, por desgracia, y en la generalidad de los casos hay que comenzar por ser feliz para llegar á ser bueno En su eterna peregrinación á través del Tiempo, la caravana humana va dejando el tendal de rezagados: son los débiles, los enclenques, los ineptos. Los fuertes, los robustos, los aptos siguen su camino, sin volver hacia atrás los ojos, sin atender á las súplicas de los que sucumben Dura es la ley, pero esa es la ley. Y tal la denuncia Sánchez en un drama familiar, cuyos incidentes vulgares en apariencia abren grandes ventanales sobre los campos de la nueva moral. Hay un diálogo, en el tercer acto, entre Roberto y el Dr. Ramos, cuya intensidad sólo sabría explicar, valiéndome de una frase de mi amigo Valencia, el célebre poeta colombiano:—«Es formidable como un choque de acorazados». Alto es el pensamiento y bella la expresión: ¿qué más se puede pedir? En el primer acto hay también una admirable escena en que se expone el carácter de la protagonista, y en el segundo está la escena capital de la obra,—la escena en que Luisa se convence de que Roberto ama á Renata—que me atrevo á colocar entre las más patéticas é inspiradas que hayan brotado jamás de pluma contemporánea. Para ser justo, debo confesar que la comedia fué anoche interpretada con tanto cariño como acierto; que la señorita Gámez se ha revelado una actriz dramática de primer orden, eficacísima siempre, inspirada en los momentos culminantes; que la señora Sala ha dado mucho colorido y realce al papel de Renata, y que Tallaví se ha mostrado el gran artista, sobrio, sincero y de buena fe que exigía esta comedia de un corte tan nuevo y de una tendencia tan avanzada. Tallaví, que es moderno hasta la médula, que ama en el teatro todo lo que es fuerza, verdad y honradez, debe haberse sentido como el pez en el agua dentro de esta feliz creación escénica que dará renombre á Floren-

cio Sánchez, y que dentro de pocos meses veremos representar, de seguro, en las principales escenas europeas Ah! ¡Si fuera posible enviar á Sánchez, al viejo mundo, pensionándolo para que allí trabajara tranquilo durante tres ó cuatro años! ... El país podría hacer ese pequeño sacrificio, para proporcionarse el lujo de contar, dentro de poco, con un hijo universalmente célebre!....

SAMUEL BLIXEN.

NOTA—Atendiendo á la importancia de este artículo, aparecido en *El Día* de Montevideo á raíz del estreno de *Los derechos de la Salud*, y á la alta reputación de que en la materia goza el eminente crítico que lo firma, la revista ha creído conveniente reproducirlo, ya que de él no son conocidos sino unos párrafos que publicara *La Nación*. Samuel Blixen hubiera deseado también contribuir á este homenaje con alguna página inédita, pero graves ocupaciones de última hora le impidieron realizar sus deseos.—N. DE LA D.

EN LA FRONTERA

Yo conocía apenas de vista á Florencio Sanchez; me era simpático su aspecto de niño grande, con el pelo á ala de cuervo caído sobre la frente y el rostro lampiño, tipo medio de bohemio y medio de anarquista; sabía que ya había dado muestras de su tendencia á escribir para el teatro — *Canillita*, *Los Curdas*, y no recuerdo que más, — cuando en la Comedia, representado por la compañía de Gerónimo Podestá, obtuvo *M'hijo el doctor* un suceso grande, espontáneo, que fué una revelación. Fuí á escuchar la vigésima ó trigésima representación, acompañado de Antoine, que se hallaba entonces con su compañía francesa en nuestro Odeón, y del empresario señor Faustino da Rosa, y los tres á una sentenciamos: quien ha escrito esta comedia tiene nervio de verdadero autor dramático. Y Antoine además añadió: es un trabajo que parece escrito para mi teatro, con una sinceridad de intenciones y una simplicidad de medios admirables; casi siento ganas de representar su traducción en París. ¿Qué juez más competente podía encontrar Sanchez?

En efecto creo que Antoine pidió realmente la obra al autor: llevóse consigo una copia, pero luego — como todos los actores — vuelto á atravesar el Océano, se olvidó de ella.

Había pasado algún mes desde aquella noche, cuando una tarde vinieron á visitarme en mi cuarto de trabajo en *La Patria degli Italiani* el actor Antonio Bolognesi y Ema Pirovano, que habían resuelto formar una compañía dramática

italiana para iniciar aquella *tournée* que los ha conducido, después de innumerables aventuras, en las menos exploradas regiones del Brasil.

Nosotros queremos incluir en nuestro repertorio, me dijo con su inefable sonrisa algo maliciosa la Pirovano, alguna obra de un autor local; pero para ello necesitamos la ayuda y el consejo del amigo Napoli - Vita.

— Pongan Vds. en escena *M'hijo el dottor* — dije yo.

— ¿Pero nos hace Vd. la traducción?...

... De este modo resolvimos ver á Sanchez, y bebiendo juntos unos cuantos chops, arreglamos el asunto. Un mes después en el Teatro Argentino, donde Bolognesi y la Pirovano habían establecido sus reales, *M'hijo el dottor* representado en italiano, y bien, obtenía otro éxito más, franco y significativo.

Desde aquella época, en la que tuve frecuentes ocasiones de hablar con Sanchez de cosas de arte y de teatro, yo seguí su evolución como autor con interés y cariño, convenciéndome siempre más — robustecido también mi parecer por Ermete Zacconi, Ermete Novelli y Ferruccio Garavaglia, á quienes había hecho leer *Mio figlio il dottore* — que algún día él lograría hacerse apreciar en el vasto campo del teatro universal.

También los escritores más libres y personales son á menudo los resultados de influencias contradictorias de escritores que los han precedido. En la obra de Florencio Sanchez la influencia extraña se fué desarrollando después de la venida de Zacconi á Buenos Aires, y no sólo el repertorio mejor del sumo actor italiano, sino también su modo de *sentir*, de *vivir*, de *dar* el personaje dejaron una huella saludable en el espíritu del joven escritor. Atestiguan especialmente esta convicción mía los protagonistas de *Barranca abajo* y *Los muertos*, que marcaron pasos decisivos, firmes, seguros, de Sanchez, en la ascensión á aquella frontera más allá de la cual se encuentra el Arte con el lauro que consagra en la mano, sino la celebridad, la universal notoriedad.

Otras influencias menores, de ambiente y de estudios — el

teatro de Roberto Bracco llevó la más reciente contribución — se unieron á aquella á que me he referido para formar la figura literaria de Sanchez. Y vimos sus reflejos aun en obras escritas apresuradamente para satisfacer con frecuencia apurados pedidos de las multiplicadas compañías nacionales, tomando el escritor el aspecto del educador, del propagandista humanitario, trabajando talvez sin advertirlo sobre una trama sentimental, siempre con la aguja cáustica de una sátira no alegre, despertadora de una pensativa melancolía. En el fondo Sanchez es un pesimista singularmente dotado de una segura visión objetiva, destinado á realizar en América — y el campo del teatro es el verdaderamente apropiado — una saludable obra de sátira contemporánea.

Desde el principio, de las personas que quería reflejar, el escritor uruguayo conocía los defectos y los vicios como las cualidades del corazón, habiendo compartido con ellas la casuística de sus sentimientos, no ignorando sus sofismas, no temiendo descubrir el secreto de las caretas con que cubren sus rostros. Quien haya recientemente asistido á alguna representación de la dramática comedia *Nuestros hijos*, me dará la razón.

Sanchez con sus obras no perfora pacientemente los pies de las estatuas de la ignorancia, de la pereza, del prejuicio, para hacerlas caer poco á poco, pedazo á pedazo: con un valor que no se adivinaría en su físico dulce, él empuña como un antiguo guerrero en su armadura su férrea maza y trata de demoler esas estatuas de un solo golpe.

Con sus últimas obras Sanchez dejando de reflejar el ambiente campesino, demasiado local, que daba á su teatro un carácter del todo semejante al de las obras dialectales del viejo mundo latino, ha levantado la expresión de los tipos y de las costumbres regionales á la dignidad de tipo general: el arte rústico, con el drama *Los derechos de la salud* se ha vuelto arte nacional, orgullo de una base de teatro sudamericano, del que el autor bien puede, cual representante, presentarse en la frontera, alta la frente, yendo á reclamar el lauro que le espera.

Ya afirmé — y con segura conciencia — en la apresurada crónica que escribí en *La Patria degli Italiani* después de la primera representación de *Los derechos de la salud*, que esta obra hubieran podido firmarla los más estimados autores del viejo mundo, y ahora no me desdigo, participando con estas mis palabras del homenaje que la revista *Nosotros* tributa á Florencio Sanchez.

Los derechos de la salud darán á Sanchez paso libre á la frontera. Descubrámonos, y agitemos en señal de aplauso estimulante nuestro sombrero, saludándolo mientras él se encamina por el amplio sendero que conduce al Templo!

V. DI NAPOLI-VITA.

FLORENCIO SANCHEZ

Si en el teatro no hubiera espectadores, ni « llamadas », ni críticos, ni actrices (!), ni nada más que el escenario, la obra representada ante el propio autor solo, y cómicos prontos á marcharse en cuanto su mandato terminara, sin hablar con el dramaturgo para felicitarlo y decirle que lo creen tan grande como Shakespeare y como Vital Aza— Florencio Sanchez sería autor dramático, lo mismo que es ahora, entre muchedumbre, aclamaciones, zalamerías y elogios.

No conozco ningún comediógrafo, — verdad es que conozco muy pocos, — más indiferente al éxito inmediato de las propias creaciones. En el estreno de su primera pieza « seria », asistió á la representación apoyado en la segunda bambalina, sin hacer un gesto que no le fuera habitual, sonriendo cuando el aplauso sonaba y sonriendo cuando el aplauso esperado no venía. Aquella noche debió fumar el mismo número de cigarrillos que la noche anterior. Al día siguiente de otros estrenos menos felices, le he visto tan impasible, tan impávido como después de las veladas triunfales. No pone en ninguna obra más esperanzas ni más amor propio que en otra cualquiera. Da en el género que aborda cuanto tiene y lo mejor que puede. Lo que da es invariablemente suyo; mejor dicho, del otro, de ese autor que vive en él, que se revelò en él, antes de que él fuera al teatro, conociera autores, actores, comedias; supiera, en fin, « lo que es eso ». No le obsede la preocupación de plantar su bandera más alta que las banderas de los demás; ni corre la carrera de los

carteles, que es en sustancia la carrera de la vulgaridad. Hace teatro, simple, espontánea, insensiblemente, porque comenzó á hacerlo, porque ha de seguir haciéndolo, porque si algún día no lo quiere ya, le « saldrá » siempre teatro todo lo que haga.

¡ Un autor dramático que no responde á la emulación de las victorias ajenas, es un ejemplo raro en nuestros tiempos! La escena se ha envilecido mucho, y la vocación mengua en las peregrinaciones que la toman por Norte de sus derroteros. El propósito especulativo, el exhibicionismo, el exitismo, la asedian y la rinden. Para ir á ella por pura obediencia á su genio, es necesario tener coraje y ser digno de ese genio. Sanchez no vacila en contrariar las corrientes; ha revelado capacidad mecánica ó técnica para desenvolverse dentro de todos los moldes de las dos máscaras, y sin embargo afirma sus predilecciones, su tendencia personal, su visión propia, su voluntad, opuesta á las conformidades y tolerancias del medio. Y triunfa, porque el genio del teatro está con él, va hacia él, como va hacia el acero el imán que lo arrebatara.

JOAQUÍN DE VEDIA.

FLORENCIO SÁNCHEZ

En medio de la fría indiferencia con que se reciben aún en nuestro país las producciones intelectuales, paréceme altamente plausible la idea de tributar un homenaje á Florencio Sánchez, con motivo de su último drama titulado *Los derechos de la salud*. Por esto presto gustosamente mi colaboración para el número de la revista NOSOTROS, que piensa dedicar al insigne dramaturgo criollo un selecto grupo de jóvenes escritores. Será éste un acto de estricta justicia. El autor y la obra lo merecen.

El autor posée un indiscutible genio dramático que yo compararía á un diamante en bruto. Tiene él la exacta visión del teatro, conocimiento de la vida, admirable intuición de tipos y caracteres. Sus piezas son todas fuertes, llenas de lógica, vibrantes de emoción. Abundan en situaciones intensas, en movimiento, en realidad.

Junto á estos méritos que bastan para constituir un gran dramaturgo, nótese, acaso, cierta falta de pulimiento y de ideal. No quiero decir con ello que el teatro de Sánchez sea una vulgar fotografía de la vida, sin ideas ni personalidad. No sólo hay ideas en toda la obra de Sánchez, sino que también se revela un temperamento original, una garra poderosa que deja siempre un rastro de sangre... Las deficiencias á señalarse en ella serían más bien en el fondo, si es que ello es deficiencia, la tendencia egoísta de su ideal estético; en la forma, un lenguaje á veces pedantesco é inverosímil.

En cuanto al fondo, Sánchez hace siempre primar en sus

personajes los apetitos y pasiones sensuales, sobre estímulos y móviles más bellos... ¿Puede hacérsele un cargo por eso?.. En manera alguna, pienso, puesto que Sánchez *ve así* la vida. «El arte, como dice genialmente el menos artista de los grandes escritores, Zola, es la Naturaleza vista á través de un temperamento». Sánchez no es Sófocles, ni Shakespeare, ni Ibsen. Sánchez es Sánchez. Su principal mérito es la sinceridad. Siempre está de acuerdo consigo mismo. Es así que tiene, y tan marcadamente, los defectos de sus cualidades. Si aplaudimos sus cualidades olvidémonos, pues, de sus defectos. No pidamos naturalidad á Sarah Bernhardt, ni aristocrática distinción á Grasso. Reconozcamos en ellos lo que son ellos, esto es, el género que tan maravillosamente representan.

La belleza de una obra humana, que como tal no será jamás perfecta, puede medirse por la admiración que nos provoca, y esta admiración, por esa especie de aniquilamiento que produce en nuestro ánimo quitándonos la voluntad de ver sus defectos y señalar sus deficiencias. Si Flaubert nos parece perfecto es porque nos deslumbra á punto de enceguecernos para que no apreciemos sus fallas y lagunas...

Sánchez, en su último drama, me produjo una impresión tal, debo confesarlo, que no he podido hacer crítica, de fondo, al menos. Su manera cruel de ver la vida, me ha vencido, me ha quitado la capacidad de hacer análisis... Su moral nietzschista me ha parecido verdadera. Y he recordado un curioso pasaje donde Aristóteles nos dice que la piedad es á veces enfermiza y peligrosa, debiendo curarse con un purgante ¡la tragedia! Confieso, pues, que si me he hallado indigestado de caridad por los débiles y por los enfermos, Sánchez me ha propinado el remedio que proclamara Aristóteles. ¡Curiosa coincidencia de psicología humana á través de las edades y los pueblos!

El único lunarillo que pudiera criticar en la producción de Sánchez, es así más bien de forma: lo inapropiado y artificioso del lenguaje. Cuando Sánchez hace hablar al pueblo, como en *M'hijo el doctor* ó *Los muertos*, el pueblo habla en su

idioma. Sólo cuando hace hablar á la burguesía, como en *Nuestros hijos* ó *Los derechos de la salud*, resulta el estilo chocante en piezas tan realistas, tan humanas, por falta de naturalidad y sencillez. He ahí una falla que bien puede indicar la crítica al dramaturgo y que él ha de corregir fácilmente, con su viva inteligencia y su vasta cultura literaria. Mas debo declarar también que en ciertos momentos, como en las escenas medias del segundo acto de *Los derechos de la salud*, la emoción trágica es tal, que el más descontento retórico olvida lo extraño de la forma, subyugado por la profunda belleza de la idea...

El teatro de Sánchez, en general el teatro criollo, es lo que algún crítico francés, refiriéndose á Bernstein llama «teatro frenético». El diálogo se presenta escueto y desnudo en una violenta trama pasional ó ideológica. No hay matices, no hay paréntesis, no hay absolutamente serenidad. Desde la exposición al desenlace la acción va rápida y segura como una puñalada. Hago notar este hecho, no en son de censura, ni tampoco de elogio... El «teatro frenético» de Bernstein y de Sánchez puede producir tan hermosas piezas como el teatro matizado y descriptivo de Dumas ó de Donnay. Tan absurdo sería negar una forma como negar la otra. Hay que reconocer que en ambos puede hacerse obra de belleza y de verdad. Y es bueno consignarlo así, porque nuestra crítica parece tender hoy á considerar el «frenesí» de la acción como su primer mérito y la armonía y la serenidad como un defecto.

Hay por cierto en Sánchez méritos muy superiores á ese «frenesí» de la acción. Yo hallo en sus piezas una filosofía amarga y vigorizadora como un tónico. Esta es la mejor prueba de su verdadero mérito: la emoción estética proyecta sus sombras morales, á veces, hasta nos llena el alma de sombras... Porque, es indudable, quien hace arte verdadero hace también, sin intentarlo ni saberlo, construyendo ó demoliendo, positiva ó negativamente, contra ó según la tradición ó el medio ¡hace moral!

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

LA OBRA DE FLORENCIO SÁNCHEZ

Lo que hay de admirable, sobre todo, en la obra de Florencio Sánchez, no es el argumento, ni la trama, ni el análisis de ambiente y de caracteres, elementos todos indispensables para la creación dramática, pero que Sánchez llegará á dominar con mayor maestría cuando el estudio y el tiempo modelen definitivamente su espíritu. Lo que hay que admirar, sobre todo, en su obra, es la intensidad y la eficacia, dos virtudes madres que hacen al dramaturgo y sin las cuales no hay para que perder tiempo en escribir para el teatro.

La preceptiva dramática, el conocimiento de la escena y de sus mil recursos, el dominio de todos esos elementos puramente objetivos que concurren al éxito del drama, todo hombre medianamente inteligente puede adquirirlos, aplicándose á la observación y al estudio. Pero estas dos virtudes madres son elementos subjetivos que sólo puede ponerlos en juego el que los lleva dentro del espíritu.

Sánchez posée ambas cualidades en forma personalísima. Desde sus primeros pasos literarios lo demostró claramente. Las situaciones más sencillas, las palabras más llanas, las figuras más vulgares, los sentimientos más corrientes, toman en su obra maravilloso relieve y elocuencia. Aún falseada la realidad, este fuerte temperamento artístico halla medio de encontrar la palabra precisa, la actitud justa, la situación necesaria que ha de provocar en el alma colectiva que anima á toda sala de espectáculos, la emoción estética honda y perdurable.

Fuera de estos dos elementos esencialísimos y fundamentales, hay en la obra del dramaturgo oriental una honrada tendencia hacia la simplicidad y el realismo, que á menudo crea escena de tan cruda verdad que la idealidad desaparece frente á la vida transportada sumariamente al teatro. Pero estas caídas que suelen angustiar por lo crueles, están admirablemente engarzadas en la obra, donde una concepción general de la vida, un poco romántica, la mantiene constantemente ajustada al diapasón de una discreta idealidad.

Por lo demás, Sánchez modela con maestría los elementos psicológicos del drama: espíritus, pasiones, sentimientos, emociones, en sus manos cobran animación y vida, forman personalidad, constituyen acción y chocan, se funden ó se rechazan. La acción que rige este mundo moral y lo sujeta al mundo físico, es sabia y segura; el medio en que se mueven los personajes es tomado de la realidad ambiente.

La forma en que Sánchez realiza sus creaciones es sobria, primitiva á veces á fuerza de desnudar el concepto, salvaje otras en su audaz realismo, pero siempre llena de vigorosa y sana belleza.

Con Florencio Sánchez, renace la literatura dramática uruguaya, cuya breve tradición sólo reconoce las vacilantes tentativas de los escritores románticos del siglo pasado y las obras llenas de fuerza y belleza de Samuel Blixen, á quien bien puede dársele el nombre de maestro.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.

EL HERMANO DE FLORENCIO

Señores directores de NOSOTROS:

Estimados amigos:

Estuve á punto de recortar diversos artículos que he publicado sobre Florencio Sánchez, cuando ustedes con empeñoso celo me instaron á cumplir un deber, que siempre me es grato tratándose del intenso dramaturgo, pero á quien mi incensario ha quemado ya todas las pastillas, y así lo hubiera hecho si no me quedase un vago resto de pudor.

Felizmente, recordé que Florencio, como la mayoría de mis amigos, posee una cualidad excepcional que prolonga su persona á manera de apéndice caudal: tiene un hermano.

Yo no sé cómo se las arreglan, pero el hecho es anonadador. El hermano de Joaquín, el hermano de López, el hermano de Doello, el hermano de Villagra, el hermano de Saint-Giron, el hermano de Ingegnieros, el hermano de Ojeda, el hermano de Pardo, etc., etc., constituyen una siniestra Santa Hermandad que desvela mis noches sin que llegue á explicarme el misterio.

Y Sánchez no escapa á la institución. Se ha provisto de un hermano y, por si acaso, tiene en reserva dos ó tres más. Es previsor.

Por lo pronto charlaré del que conocen usdedes, el *guri*, como le llama Florencio, y Alberto por mal nombre.

Más joven y más serio que el dramata, es un apuesto mancebo con tendencias á la indumentaria elegante y espíritu

pleno de socarronerías amables. Un bigote color caña contrasta con la espesa negrura del cabello y las cejas, así como las profesiones á que se dedica (pulpero, policía de campaña, revolucionario oriental, consignatario de cales, etc.) se dan de coces con su penetrante y sagaz inteligencia que hacen de ese jóven serio, sólo animado de sonrisas en la intimidad, un observador de primera fuerza.

Enemigo de bohemias anacrónicas, infundía en Florencio un saludable terror paternal en momentos que el retozón *Canillita* se entregaba á esos paréntesis de parrandas, necesarias á su alma como un lubricante para sus armas de lucha.

—No le digas nada al *guri*, decíame á veces, después de una trasnochada.

Y al llegar el terrible *hermano* comenzaba á mirarlo y á aturdirlo, evitando cual un chico rabonero la mirada desdeñosa y la sonrisa sarcástica del severo preceptor que lo fulminaba con su silencio.

Esas severidades tenían, sin embargo, sus oasis. La juventud nunca enagena sus primaveras por más que, á veces, las limite á jardines apacibles y uno que otro ramillete de floreceros.

Y es así que un día, entre un grupo de gente intelectual donde el hermano de Sánchez adoptara su consabida actitud hierática, poco á poco aflojó sus resortes, y su verba y sus gestos comenzaron á chisporrotear.

No era, como de costumbre, la anotación secreta ó dicha en voz baja al amigo de confianza durante esas justas clamorosas á que se entregan los portavoces del pensamiento, (á riesgo de quedarse sin pensamiento y sin voces), sino la audaz lozanía de un paladín forastero quebrando lanzas corteses ó de guerra con una nueva manera de lidiar, desechadas las pragmáticas en vigencia.

Aquello era un torbellino de frases originales, de locuras novedosas, de burla multiplicada en alfileres y de chispas extrañas que iban desde el lúgubre azul verdoso hasta el más tierno y desmayado de los rosas.

Payró, que estaba en la reunión, lo miró pausadamente con sus ojazos redondos y aporcelanados y después de masticarse la lengua como habitúa siempre que va á emitir una sentencia, le dijo inapelablemente:

—¡Usted no es el hermano de Florencio! Florencio ¡a sea hermano suyo.

Ese fallo me parece que desazonó un tantico á Sánchez, porque poco después me preguntó confidencialmente:

—¿Verdad que mi hermano es inteligentísimo?

Y yo, con toda ferocidad, le respondí:

—Es Alberto quien debe hacerme esa pregunta respecto á su hermano.

Ambos sienten orgullo, el uno del otro. Pero se lo ocultan recíprocamente por que si no... ¿qué gracia tendrían en admirarse?

Me imagino, señores directores, que ustedes se dirán extrañados: siendo un tipo de complexión mental tan característica y poseyendo cualidades de perspicacia, flexibilidad, esprit y observación ¿cómo demonios no se ha hecho literato?

Me apresuro á responderles: ¡por eso mismo! ¡porque es inteligente!

Los saluda con la obsecuencia debida

ANTONIO MONTEAVARO.

FLORENCIO SÁNCHEZ

Buenos Aires, Enero 21 de 1909.

Señores Directores de «NOSOTROS»:

Muy señores míos:

Invocando las vivas simpatías que siento por el talento de Florencio Sánchez, me piden Vds., una página para el número especial que, con motivo del éxito alcanzado por «Los derechos de la salud», se propone la Dirección de *Nosotros* publicar tributando homenaje al autor de esa bella obra.

Más de una vez, y últimamente en «LA VIDA MODERNA», comentando el estreno de esa misma producción y antes el de «Nuestros hijos», he manifestado la grande estima que tengo por el talento concreto y varonil de Florencio Sánchez, por sus excepcionales facultades de interpretación artística de la realidad, que le permiten llevar la vida á la escena sin que pierda nada de su intensidad al pasar por el crisol donde el arte la depura de cuanto en ella obsta á la armonía estética, y, sobre todo, por el precioso don de la natural espontaneidad que caracteriza en Sánchez el sentimiento del teatro, gracias al cual realiza sin esfuerzo ni artificio, con certera visión y justa medida, la obra ideal, á un tiempo mismo creación y verdad.

Tal temperamento daría materia para un estudio lleno de interés y de complacencia que gozará el que se encuentre en condiciones de abordarlo.

Desgraciadamente, no me puedo dar esta satisfacción; so-

licitado por tareas absorbentes que devoran todo mi tiempo, me veo en el caso de limitarme á hacer con éstas líneas volantes un simple «acto de presencia» en el homenaje que ustedes van á tributar á Florencio Sánchez. Por lo demás, tengo la certidumbre de que en el conjunto del simpático tributo rendido á los méritos de esa firme figura de nuestro incipiente teatro, no ha de notarse la insuficiencia de uno entre tantos que aprecian y admiran al autor de «Los muertos» y «Los derechos de la salud».

Su atento y S. S.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

FLORENCIO SÁNCHEZ

Gualeguaychú, Enero 15 de 1908.

Señores Directores de «NOSOTROS»:

Muy honrado con el pedido de Vds., y muy satisfecho con su propósito de consagrar un número de NOSOTROS á nuestro Sánchez, y lleno de los mejores deseos, no puedo contribuir sino con mis votos á su obra de justicia.

Me sería imposible hilvanar dos ideas sobre teatro, pues no tengo ninguna. Y mucho más difícil hablar de Sánchez, de quien entiendo todavía menos. Con un cariño profundísimo y una admiración sin límites no se hacen artículos; y ese es el caso. No habiendo sido nunca un profesional de las letras, ignoro cómo pueda separar mis afectos de mis apreciaciones. Todo lo de Sánchez me parece admirable. Creo que «Los Muertos» es lo más intenso, «Barranca Abajo» lo más teatral y el holgazan de «En familia» el mejor tipo en la obra de Sánchez, y que «La Gringa» debiera compartir la inmortalidad del «Facundo».

Ya ven los Señores Directores que, en este tren, vale más callar.

Reitero mis expresiones de agradecimiento por su recuerdo, y me ofrezco para otras oportunidades con sincera voluntad de ser útil á esa hermosa publicación que honra nuestra intelectualidad.

Saluda muy atentamente á los Señores Directores.

LUIS DOELLO JURADO.

LA LABOR DE SANCHEZ

La labor dramática de Florencio Sanchez ha sido ajena á toda concesión al público. Sanchez ha seguido su senda, sin temores ni desfallecimientos. Aparto, claro está, algunas obras inferiores de su repertorio, escritas « pane lucrando ». Son escasas y en todas ellas percíbense no obstante las cualidades que resaltan en las de aliento. En todas se ve la garra del dramaturgo de fibra.

Su obra es múltiple y vigorosa, notándose en ella una evolución serena, lógica, señalada por una distinta orientación teatral en sus primeros y en sus últimos dramas.

Se reveló con *M'hijo el doctor*. No es la obra mejor de su repertorio, pero marca en él la fecha inicial, siendo menester por consiguiente saludarla como una de las mas dignas de consideración. Su primer acto es admirable. Sin duda á él debióse el éxito perdurable del drama. Allí Sanchez se mostró realista verdadero: el campo que nos dió era el campo que todos conocemos; sus tipos, esos tipos con quienes todos hemos hablado. La psicología del viejo estaba presentada de mano maestra.

Luego, una á una, vinieron las demás obras. Inmediatamente *Pobre gente*, de un realismo idéntico al de *M'hijo el doctor*, aunque en escenario distinto. Y después *La gringa*, obra maestra que desconcertó por su salvaje robustez. *La gringa* se me hace que representa en el teatro de Sanchez lo que *La tierra* en la obra de Zola. No me refiero naturalmente al contenido sino al valor representativo de ambas como notas discordantes por su aspereza, en el concierto de otras obras de una crudeza menos enérgica. En *La gringa* Sanchez derrainó la lengua de sus tipos camperos, esa jerga multiforme que

ora es el *cocoliche* en boca de este *gringo*, ora es el *criollo* en labios del paisano, ora el lenguaje de la ciudad, español adulterado en boca de aquel *pueblero*.

La gringa es un drama lleno de vida y de pujanza, disgustante á ratos por su desnudo naturalismo, pero siempre humano, siempre verdadero, siempre sincero. Es además una obra saludable. Entraña un símbolo: significa la lucha entre el progreso y la rutina, entre la inmigración fecunda y triunfante, y la raza del suelo, noble raza, pero estacionaria y vencida. *La gringa* encarna de un modo mas vívido, mas vigoroso, mas concreto lo que otro poeta nuestro, Rafael Obligado, ha cantado en una hermosa leyenda: la lucha entre Juan sin Ropa el forastero y Santos Vega el payador.

La obra empero no resultó. Acaso fuera oportuno que alguna compañía nacional intentara su resurrección.

En *La gringa* Sanchez había hecho un símbolo: aun avanzaría un paso más y en *Barranca abajo* plantearía un problema. Por eso alguien le llamó « ibsencito criollo ». Sea como sea, el problema era interesante y bien planteado. *Barranca abajo* sin embargo, valía por otros aspectos más interesantes, aparte la tesis ó lo que fuese. *Barranca abajo* era una obra más de las del verdadero repertorio de Sanchez. Era una obra dolorosa y sentida, una obra de observación y análisis. Y el campo aparecía en ella una vez más, maravillosamente reflejado.

Del campo pasaríamos á la ciudad y allí presenciaríamos otro derrumbe moral. En *familia*, la obra que sucedió cronológicamente á *Barranca abajo*, era la pintura fiel de un asunto real: el desequilibrio existente en tantos y tantos hogares. Del punto de vista de la psicología de los personajes *En familia* es sin duda una de las obras mejor resultadas de Sanchez. El padre, borrachón desmoralizado, las hermanas, lenguas largas, haraganas y coquetas, el hermano especie de filósofo cínico, todos son caracteres trazados con mano segura.

Después de *En familia*, *Los muertos*, obra audaz, original, trágica, que en otro país hubiese consagrado definitivamente á un autor. Justo es reconocer sin embargo que la crítica estuvo unánime en aplaudirla.

Ese drama de orgía y de miseria, sin duda sería en cualquier repertorio, una gran obra moderna. El primer acto, sobrio, claro y sentido; el segundo audaz, inapreciable como cuadro de género; el tercero sombrío, obsesionante en su atmósfera de borrachera y de crimen. Sana la tesis y enérgicamente planteada.

Sanchez iba afinándose como psicólogo. Considérese *La tigre*, que siguió á *Los muertos*, ensayo en un acto con todos los defectos de una obra intérlope, y se notará el largo trecho que desde *M'hijo el doctor* había andado en ese sentido. Esa vida triste de camarera, sobre la que Sanchez derramó una lágrima en un breve cuadro final de la comedia, cuadro de una sencillez y de una sobriedad quizás excesivas para la escena, hacía perdonar muchos otros defectos. ¿Pero cuál de nuestros autores puede envanecerse como Sanchez de haber escrito burla burlando, tantas obras en un acto, de evidente mérito á pesar de todos sus errores, como *Canillita*, ensayo juvenil sin importancia, y *Cédulas de San Juan* y *La tigre* y aquella *Moneda falsa* que hecha en verdad burla burlando, resultó empero una obrita maestra? Tan es así que de ésas cuatro obras inferiores pueden deducirse las características mas felices del teatro de Sanchez, sin recurrir á sus obras de aliento. Sus raras dotes de observador, su amor por las vidas humildes, su notable habilidad escénica, su honda perspicacia de analista y mucho más se puede hallar en las obras mencionadas. Y en todas un asombroso derroche de vida, de movimiento, de colorido, aparte la pesimista crudeza del pequeño drama humano y novedoso que encierran.

Negar los evidentes méritos de Sanchez, cual observador de medios sociales inferiores no era ya posible; pero se suponía que sólo en ese terreno habría de encontrarse á sus anchas, no creyéndosele capaz de salirse de él. Se le relegaba á pintor del campo, del conventillo, del café concierto, de la calle, de los hogares modestos. Dogmáticamente se afirmaba que no lograría abordar con éxito el estudio de cualquier otro ambiente que no fuera de los usuales en sus dramas conocidos.

Y puso entonces en escena *El pasado* que echó por tierra

todas esas afirmaciones antojadizas. Fué una nueva revelación. En esa obra angustiosa cambiaba el dramaturgo de medio social: transponía esas puertas que se juzgaba habrían de permanecerle siempre cerradas.

El éxito de *El pasado* no fué el que hubiera podido esperarse, no porque el drama no reuna todas las múltiples cualidades de Sanchez, acrecidas por la experiencia, sino á causa de que el tercer acto rompe con su dulce serenidad la tirantez atenaceadora de los dos anteriores, de lo cual resulta una acentuada falta de uniformidad desfavorable para la impresión de conjunto. Ciertamente la escena tiene sus exigencias, y, aunque posible, disuena en el rápido, sintético desarrollo de un drama una excesiva disparidad en el colorido de los actos, cual sucede en *El pasado*.

El hielo estaba roto. Sanchez tenía condiciones de observador que le hacían apto para elevarse á ambientes mas cultos de los que había tratado en sus primeras obras. Después de *El pasado* — *Moneda falsa* entre ellos — *Nuestros hijos*. Ya no había objeción posible: sí, él también sabía de ambientes aristocráticos. ¡Y qué obra tan bella é intensa y valiente! La tesis es noble, aunque temeraria. Eso disgustó un poco, pero — ¡qué diablos! — Sanchez no escribe con el fin de satisfacer opiniones de grupos. Algo mas legítimo le impulsa que el simple ruido de los aplausos que se prodigan sin discernimiento en las noches de estreno.

Y por último *Los derechos de la salud*, su obra mas atrevida, de las más discutidas y, posiblemente de las mejores. La voz de la crítica sobre ella es demasiado reciente, para que necesite yo en esta rápida reseña insistir de mi parte.

A Sanchez se le ha llamado ultimamente nuestro Bracco. No hay duda, sí lo es por el conocimiento de la técnica teatral, por la audacia en abordar las situaciones y en plantear las tesis más arriesgadas, por el arte en crear seres de carne y hueso. Fáltale de Bracco el gracejo, el diálogo chispeante y la habilidad en urdir comedias de una espiritualidad inimitables; fáltale también (y no es de lamentar) la sutileza, diría casi el alambicamiento del gran dramaturgo italiano, que convierte sus tesis en verdaderos problemas y que llega

á menudo á ser un extravagante casuista, á fuerza de quinta-esenciar el espíritu de una situación.

Pero Sanchez quizá por eso mismo, es más humano, quizás mira más hondo en la vida. Ello hace que cada una de sus obras sea un documento, un raro documento de psicología y y sociología eminentemente nuestras. Por tal concepto nadie más nacional que este dramaturgo, uruguayo de patria, argentino de adopción, que ha sondado todas las capas sociales y cuya obra constituye un verdadero museo de tipos.

Pero su labor con ser ya vasta, apenas está en sus comienzos. Diez y seis obras lleva escritas y de ellas ocho, á decir poco, que encuentran respectivamente partidarios que las coloquen sobre las demás. No las une por otra parte ese inconfundible aire de familia que hallamos frecuentemente entre las obras de otros autores. Son ocho piezas diversas por completo, en los procedimientos, en la pintura del ambiente, en la idea que las informa y en el modo de exponerla. Atiéndase precisamente á este último particular. *La gringa* es una obra simbólica; en *Barranca abajo* hay un conflicto espiritual, un problema, quedando reservada al expectador la decisión; en *Los muertos* es la acción que va confirmando con los hechos la idea engendradora del drama, puesta en boca del protagonista, tipo representativo de la obra; en *El pasado* teoriza el protagonista, así como en *Nuestros hijos*, mientras que *Los derechos de la salud* al contrario, á pesar de las brutales afirmaciones de Roberto, se cierra á mi ver con un interrogante.

Ahí está otra de las grandes cualidades de Sanchez. No se repiten en sus obras las situaciones ó los caracteres: una continua variedad imprime un sello propio, inconfundible á cada una de sus creaciones.

El trecho andado es corto comparado al sendero que aun ha de recorrer: eso nos dice que si ya Sanchez ha dado mucho, enormemente más todavía debe esperar de su pluma fecunda nuestro teatro que surge con lamentables tropiezos, es cierto, pero también con empujes hermosos.

AMBROSIO PARDAL.

LOS DERECHOS DE LA SALUD

Con motivo de una crítica del señor Adolphe Brisson á propósito de una obra del señor Pierre Wolff, suscitóse últimamente en París una polémica, en la que intervinieron, entre otros, el aludido señor Brisson, Henri Berstein, Albert Guinon y Henri Bataille.

El señor Brisson reprochaba á la generación nueva de autores dramáticos su inmoralidad, su indiferencia ante el vicio ó la virtud. Contraponía á este teatro, el de Augier y Dumas y hasta el de Meilhac y Halevy, Sardou y Henri Becque. Y concluía diciendo que el teatro no debía proponerse un estudio impasible de la vida, considerar el animal humano como el sabio observa putrefacciones en el campo del microscopio, indiferente á todo otro cuidado que el de anotar fenómenos, sino que tenía un rol menos humilde que cumplir: retratar los individuos, seguramente; pero, al mismo tiempo, despertar la conciencia del público, remover las fuentes de emoción que brotan de su corazón cuando se sabe golpearle en buen sitio, proponerle ejemplos, inspirarle el odio por la villanía y el egoísmo, el gusto de la honestidad, la idea justa y sana de que todo no es podredumbre acá abajo, que existen otras alegrías más delicadas que la feroz satisfacción de nuestros apetitos y que es bello alguna vez inmolarse á una idea, á un principio, á un escrúpulo...

Henri Berstein, el notable autor de la «Rafale» y «La Griffé», interpretando los sentimientos de sus colegas atacados, decía: «Sí, querido señor, vicio ó virtud... Yo no odio el vicio. No escribiré jamás una pieza que glorifique la virtud ó que ataque un artículo del Código, ni tampoco que ataque ó glorifique cualquier cosa. La vanidad de esos sermones laicos me hace sonreír; se me crispan los nervios ante el ruido bien conocido de las puertas desde largo tiempo abiertas y que se pretende

aún abrir; honro el hecho raro, obscuro, ese momento de la vida, ese nudo de la cadena, ese minuto brutal, pero que es necesario tomar con todo lo que le rodea de existencias perturbadas y de almas puestas al desnudo. En fin, creo que los optimismos falsos, las abnegaciones sin amargura, los irreales triunfos de lo justo y de lo bello, son atentados contra el arte, insultos á la miseria humana y acciones impías.

Usted admitirá que el teatro de los señores Guinon, Bataille, Coolus, Fabre, Picard, Tristán Bernard, (elijo entre la generación inculpada) respira una igual indiferencia, un igual desdén. Es que mis colegas son artistas y no profesionales. En ellos, el artista se inclina con una ternura compasiva, con una despiadada curiosidad hacia las pobreza, las pequeñeces, las indecisiones, las torpezas, los inconfesables dolores y los remolinos fangosos del corazón de los hombres.

Y el autor dramático sabe que la pasión, la ambición, la envidia, los celos, la sed de lucro, forman los resortes eternos de la actividad humana, que las purezas y las noblezas llevan derechamente á la beatitud y que un ser lilial y contemplativo sería un ridículo personaje de teatro.

Somos turistas en busca febril de pintoresco. Soñamos extraños senderos apenas abiertos. El alma sin desfallecimientos de un perfecto hombre honrado, se asemeja á una bella avenida muy recta que nos fastidiara un poco...»

A su vez, el señor Guinon decía:

«Vemos en el teatro la consecuencia de la evolución de las costumbres... Una tendencia general de la educación y un movimiento general de las ideas, nos llevan á disminuir, á atenuar la responsabilidad humana. El asesino, el ladrón, el sátiro, ó más simplemente, el hombre falto de delicadeza, incorrecto, son considerados como irresponsables. Ahora bien, nosotros como dramaturgos, somos el reflejo de nuestra época. Educados, crecidos en esta atmósfera de escepticismo y de indulgencia, es natural y lógico que escribamos obras inspirándose menos en la moralidad que las obras de épocas más disciplinadas y más rigurosas. Y por la misma razón esencial y profunda, el público no siente casi la necesidad de una sanción moral agregada á su placer intelectual».

En vista de las discusiones ha que ha dado lugar la representación de la última obra del señor Florencio Sánchez, «Los derechos de la salud», hemos juzgado interesante y útil el extractar largamente esta polémica, pues como se ha dicho que la obra no ha triunfado por carecer de bondad, de misericordia, de amor, hemos querido dejar sentado, por boca de los señores Berstein y Guinon, que estas obras en que los personajes tienen un no se qué de violentos é inhumanos, están dentro de la evolución actual del teatro contemporáneo, obedecen á un cambio general de las ideas.

Por otra parte, pensamos con el mismo señor Guinon, que no hay ninguna diferencia de valor entre una obra provista de sanción moral y otra privada de ella, á condición de que tanto la una como la otra, sean concebidas y ejecutadas con una conciencia igual y un igual cuidado del arte.

El señor Florencio Sánchez es el más poderoso removedor de ideas con que cuenta nuestro teatro.

Ahí están para atestiguarlo todas sus obras, desde la populachera *Canillita* hasta sus últimos dramas serios, *El pasac'o*, *Nuestros hijos*, *Los derechos de la salud*.

El nuevo drama del señor Sánchez nos ofrece el raro placer de un primer acto admirablemente construído,—la exposición es clara y rápida,—vigoroso y emocionante, y de un tercero de una intensidad de acción y una simplicidad de medios maravillosos.

En cuanto al segundo acto, el más perfecto de los tres, es insuperable. Contiene dos diálogos entre Luisa y Roberto, los de las escenas cuarta y séptima, de una realidad completa. Aquello es un girón palpitante de humanidad. Es la vida misma, pero aguzada, afinada, filtrada por la mano del más perspicaz de los psicólogos. Eso es verdaderamente arte dramático bien sólido.

Los caracteres están presentados de mano maestra. Al leer el drama, asombra el relieve de los mismos personajes secundarios: el de Mijita, el del Dr. Ramos, el de Albertina.

Se ha sutilizado sobre ciertos caracteres: los de Roberto y

Renata. Se ha creído ver el esfuerzo del autor por hacer simpáticos esos personajes, y su incapacidad de conseguirlo.

Creemos que, como todo buen autor naturalista, el señor Sánchez piensa que en el teatro, el autor debe abstenerse de toda intervención. Por lo tanto, no desea que tal ó cual personaje de sus obras resulte simpático. Tomados de la vida real, con sus teorías, sus sentimientos, su estilo propio, su acento y sus tics, los traslada á la escena y allí los hace actuar, *indiferente á todo otro cuidado que el de anotar hechos*. Pero para arribar á esta exactitud, que es la perfección, á la desaparición completa del autor detrás de sus creaciones, es necesario conocerlas á fondo, identificarse con ellas, entrar, como se dice, en su piel: en fin, es preciso un riguroso análisis psicológico.

Y como á esta identificación con sus personajes ha arribado el señor Sanchez en sus últimas obras, parece que los sentimientos ó teorías de tal ó cual protagonista, fueran del autor y no exclusivamente de aquél.

Se ha dicho también que el señor Sanchez no tiene estilo. En realidad, poco importa que la *forma* del señor Sanchez sea buena ó mala. Se trata simplemente de saber si el autor de «Los derechos de la salud» está desprovisto de una personalidad definida, pues en esto únicamente consiste el estilo. Y todos sabemos que no hay una sola página del señor Sanchez que no sea reconocida inmediatamente por todo el mundo.

Por las consideraciones antecedentes, habrase visto que hemos hablado de la obra considerándola teatralmente, dejando á un lado la tesis de su protagonista, cruel é inaceptable á nuestro ver, pero que, con todo, no tiene fuerzas suficientes para obscurecer las bellezas de este fuerte y sobrio drama.

«Los derechos de la salud», escrito en francés y estrenado en París, hubiera obtenido uno de esos éxitos que consagran un autor y hacen que su obra dé triunfalmente la vuelta al mundo. Entre nosotros, se ha dado sólo diez noches, y ocho de ellas estaba el teatro vacío!

ALFREDO A. BIANCHI.

REVISTA DE REVISTAS

Revista de la Facultad de Letras y Ciencias—(Havana)—En esta revista de la Universidad cubana hay un discurso pronunciado por el catedrático Dr. Juan M. Dihijo, en la apertura de las Escuelas Públicas y una conferencia de otro catedrático, el Dr. Manuel Valdés Rodríguez.

Es el primero, un estudio del estado de la enseñanza en Cuba, cosa que allí no está descuidada, al contrario, el aumento de las escuelas es rapidísimo.

La enseñanza es tema de los hombres que estudian y piensan; las conferencias son allí frecuentes y no por ser frecuentes son inútiles y poco provechosas.

La educación preocupa y se oye siempre, en las conferencias inaugurales de cursos, la palabra de los más autorizados. En nuestro país no siempre pasa lo mismo; si hay un hombre que en estos últimos años haya hecho tal cosa, ese hombre es el vicedecano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, el Dr. Juan M. Garro; y á ese hombre pocos fueron los que lo alentaron. ¿Para qué? Es preciso arrancar un título á las facultades y después ya terminó todo: el título es una patente muy acomodaticia de sabio y que faculta para ser diputado y otras cosas que dan buena renta sin mayor estudio.

¿La gloria? va, es una cosa tan lírica, que sólo se deja para un Sarmiento ó un Farinelli.

Allí, en aquella Universidad, se oye la palabra autorizada de un catedrático que dice: «Nuestros maestros, en tesis general, dedican sus mejores empeños en pró de la enseñanza, y

de tal modo, que lo que fué en sus comienzos ensayos empíricos, sin otra orientación, inspiración y preparación que la buena voluntad, ha ido evolucionando, tan satisfactoriamente, que ya hoy podemos decir que se encuentran encauzadas nuestras escuelas, no ya según nuestro sentir, sino con el testimonio de extranjeros, ingleses, americanos y alemanes, que han visitado nuestras aulas y han confesado ingenuamente que la objetividad del método empleado puede competir con el sancionado en sus respectivos países».

Y no se crea que esto es simplemente *chauvinisme*, no; el ilustre catedrático dice más adelante: «No quiero decir, en manera alguna, que pueda darse todo por hecho, ni tampoco que todos los maestros hayan alcanzado uniformemente el mismo nivel; ese es un ideal difícil de lograr en lo humano y mucho más en tan corto tiempo de dedicación; pero, á lo que me refiero, y lo que, desde luego constituye el triunfo, es la implantación honrada y entusiasta de métodos que han dado buenos y palpables resultados, permitiendo, si los esfuerzos no se desvían, acariciar la unificación posible, en plazo no muy lejano en graduación, métodos y procedimientos.» Así se habla, así se forman hombres con amor al estudio. Con este ideal de educación se llegará á formar hombres para que en la plaza mundial no sólo se cotizen nuestros productos, sino también los talentos de nuestra tierra americana.

Archivos de Psiquiatría y Criminología—(*Buenos Aires*) —

Esta revista que dirige nuestro colaborador el Dr. Ingenieros, publica en su último número un artículo del sabio profesor español, Dr. S. Ramón y Cajal, titulado: «El Renacimiento de la Doctrina neuronal».

En este artículo, el Dr. S. Ramón y Cajal, refuta á un su amigo, el Dr. García Sola, que ha hablado del *ocaso de la neurona*. Con firmeza habla el ilustre sabio de esos adversarios de la doctrina neuronal, de «la psicología de los jóvenes investigadores, quienes ávidos de nombradía y hallando el filón de la originalidad demasiado hondo y trabajoso caen á me-

nudo en la tentación malsana de hacer obra negativa, des-acreditando doctrinas y empañando prestigios, aun en aquellos dominios en que la ciencia parece haber fijado definitivamente las fórmulas; que salvadas honrosas excepciones, los antineuronistas no rayan muy alto en punto á modestia y sincera devoción á la verdad científica, mil indicios lo declaran».

Expone los «argumentos esgrimidos por los antineuronistas más autorizados» no sólo para examen sino también «para información de quienes ignorando la fase actual de la cuestión, se atienden al último figurín de hace diez años.» Los argumentos pasan por el cerebro del sabio, quien con lentitud, para que puedan ser vistos, los va exponiendo con claridad y los va desechando. ¿Qué la victoria se anuncia próxima y definitiva?, no hay en el Dr. Cajal sobresaltos, no: sigue él pensando en la doctrina neuronal, y más hoy que nunca, pues con los trabajos de: van Gehuchten, Michotte, Donaggio, Tello, Schiefferdecker, Marinesco, Azoulay Harrison, Neal, Münzer Mott, Medea, Lugaro, Perroncito, Guido, Sala, Krassin, Nageotte y muchos otros más, que han «desembarazado de los artificiosos argumentos de reticulismo y catenarismo», se ha «llegado á un grado de solidez y prestigio jamás alcanzados».

Por falta de espacio no podemos ocuparnos de las siguientes revistas, á las cuales agradecemos su remisión: «La Lectura» (Madrid), «Revista de Letras y Ciencias Sociales» (Tucumán), «El Fígaro» (Habana), «La Verdad» (Buenos Aires), «La Revista Artística y Teatral» (Buenos Aires), etc., etc.

ALFREDO COSTA RUBERT.

NOTAS Y COMENTARIOS

Las caricaturas de Pelele -- La exposición de caricaturas, hace poco alabada por los diarios, ha denunciado al público la presencia de un artista. Hasta ese momento muy pocos se han preocupado de seguir las travesuras de este muchacho, que pasó de la ciudad del Rosario á la ciudad de París, instalóse en ella y en ella dió comienzo á la realización de sus sueños. A juzgar por lo que hemos visto, Pelele no fué á París con el exclusivo objeto de ser amigo de Gómez Carrillo y confirmar en cartas íntimas, la existencia de mujeres alegres y *apaches* en la sublime capital. En este sentido, el barbilampiño chicuelo merece quizá más elogios que su obra misma. Tampoco consideraría yo obra suya las imágenes deformadas de algunos médicos, sorprendidos en cónicas tareas de sangre. Esto no es más que la adaptación de una viejísima caricatura francesa, donde figuran los nombres más gloriosos de la medicina. Sin embargo es lo que más ha gustado de la exposición. Sólo un escaso número de personas apreció con exactitud la faz menos visible del artista y ésta la constituyen cositas pequeñas, esbozos sin importancia, donde se manifiesta un espíritu delicado y penetrante. Corazón de pillete bueno, su tendencia no se dirige á la deformidad horrorosa que forma el éxito de las revistas actuales. Si ve la miseria no es para exagerarla; es una especie de anarquista elegante, que no apresuraría el fin del régimen burgués, porque el *kake-walk* le entretiene y el frac le queda bien, aunque partiría su frac y su *kake-walk* con el vagabundo hecho modelo en su taller parisién. Por eso sus visiones vividas son menos agrias. El ex-hombre que mañana va á arrojar al río por falta de pan, tiene en las páginas de Pelele un aspecto apacible; su dolor es casi melancolía y de buen grado, esa figura destrozada sonreirá á la muchacha transeunte y compartirá con vosotros el comentario picaresco. Ello se debe á la bondad de Pelele. Prefiere la superficialidad á la amargura y la sonrisa á la imprecación. En una palabra, el alma de buen muchacho está diluida en todos sus dibujos. Pero esa superficialidad no es más que aparente. Sus caricaturas por el hecho de ser ama-

bles no son menos intencionadas; dice lo que dicen las demás pero sin advertir previamente su ira ó su objeto. Es ligero, grácil y fino. Su estadía entre nosotros ha sido breve, lo cual prueba el afán de un perfeccionamiento definitivo, que sin duda conseguirá en París. Así, se evita también la necesidad de someterse á una tarea grosera para poder subsistir en un medio tan adverso como el nuestro para todo lo que no sea política inferior é incidencia de frigorífico. Déle Dios buena suerte. Todos afirman que tiene mucho talento, y lo demás depende de él mismo. — *A. Gerchunoff.*

Advertencia — La dificultosa preparación de este número especial ha obligado á la revista á retrasar por unos días su salida. Por este motivo, á fin de regularizar su marcha ha resuelto la dirección que este número sea doble, es decir, correspondiente á los meses de Enero y Febrero, por lo que se presenta con un aumento en el número de sus páginas.

La dirección pide asimismo disculpa á sus colaboradores, cuyas producciones ha debido postergar para el número 8 que aparecerá á principios de Marzo.

Colaborarán en él, Oswaldo Magnasco, Amado Nervo, (Madrid); Manuel S. Pichardo, (Habana); Manuel Marquez Sterling, José León Pagano, Juan Pablo Echagüe, Atilio M. Chiappori, Leonardo Shérif, (Madrid); Fernando Fortún, (Madrid); Juan Aymerich, José Pardo, Pablo della Costa (hijo), Juan Mas y Pi, Alberto Gerchunoff, Mario Bravo, Federico Mertens, Julio S. Canata, Arturo Pinto Escalier, Coriolano Alberini, etc.

José León Pagano — Habiendo debido ausentarse para Europa el doctor Leopoldo Longhi, redactor de la sección *Letras italianas*, y abandonar por consiguiente la mencionada sección, los Directores deseosos de que ella no quedara desierta, han encontrado en el distinguido escritor José León Pagano, un colaborador eficaz é inmediato que ha honrado la revista aceptando el ofrecimiento de ponerse al frente de la sección mencionada.

Presentar al señor Pagano á quienes se ocupan de arte y de literatura entre nosotros, es superfluo. Acredita su nombre una extensa y compleja labor efectuada en campos diversos: la novela, el teatro y la crítica artística, filosófica y literaria. Desde largo tiempo — como es sabido — desempeña el honroso cargo de crítico teatral de *La Nación*.

Su profundo conocimiento de la vida intelectual de Italia, país en el que ha residido muchos años, le confiere además una autoridad indiscutible en la materia que tratará en *Nosotros* desde el próximo número.

Sociedad de autores dramáticos — En los primeros días del mes se ha constituido una sociedad de autores dramáticos, cuya mesa directiva la componen los señores: Otto

Miguel Cione, presidente; V. di Napoli Vita, vice presidente; Félix Alberto de Zabala, secretario; Raúl Casariego, secretario de actas; Alberto Ghirardo, tesorero; Enrique García Velloso, José de Maturana, Vicente Nicolau Roig, Fernando Navarrete, vocales.

Nosotros acompaña con sus votos la labor de esta asociación, de la que puede esperarse mucho en favor del naciente teatro nacional.

Círculo de la Prensa — La Comisión Directiva del Círculo de la Prensa termina su cometido. Este su año de labor, ha sido uno de los más provechosos para el progreso de la asociación. En efecto, debido á los esfuerzos del señor Horacio Castro Videla, dispone el Círculo de veinte centímetros en las páginas de avisos de casi todos los diarios de la República, lo cual le permitirá, dentro de poco tiempo, contar con edificio propio. Organizó un Congreso de la Prensa que, si no tuvo los resultados que pudieron esperarse, sirvió por lo menos, como vínculo de conocimiento entre los miembros dispersos de la gran familia periodística. Además, en este último año, aumentó considerablemente su número de socios.

La verdadera preocupación demostrada por el señor de Rezabal en su primer presidencia ha impuesto, en el criterio de todos, su reelección para el próximo período.

Considerándola digna de apoyo, publicamos á continuación la lista que cuenta con mayores seguridades de éxito.

Manuel de Rezabal, presidente; *José Varas*, vice 1º; *Justo S. López de Gomara*, vice 2º; *Juan Tjarks*, tesorero; *Manuel María Oliver*, secretario; *Horacio Castro Videla*, pro-tesorero; *Arturo Giménez Pastor*, pro-secretario; *Roberto J. Bunge*, bibliotecario; *José L. Cantilo*, *Juan B. Torres*, *Tomás J. Izurzu*, *Federico B. Vilaró*, *Juan Cazenave*, *Alejandro Rial*, *José Merlo*, *Ricardo Font*, vocales. Tribunal de Honor: *Emilio Mitre*, *Ezequiel P. Paz*, *Carlos Vega Belgrano*, *Lisandro de la Torre*, *Agustín Álvarez*.

Libros recibidos — *La Casa de la Primavera*, por G. Martínez Sierra — Madrid — Librería del Pueblo — 1907.

Leonor, por Rafael Padilla — (Drama en dos actos y en prosa) — Prólogo de José Santos Chocano — Madrid — 1907.

Estudios sobre la política aduanera más conveniente á la Argentina, por Luis Eduardo Molina — Córdoba — 1907.

Noticias de policía... por Federico A. Gutiérrez (Fag. Liberté) — Buenos Aires 1907.

Apellidos blasonados, por Alejandro L. Bouquet — (Sátira filosófica en 3 actos) — Buenos Aires 1907.

Solidaridad Universitaria, (Dos discursos universitarios en Córdoba), por Rodolfo Rivarola — Buenos Aires — 1907.

Los métodos científicos, (Estudio crítico-filosófico), por Juan B. Sivori — Buenos Aires — 1907.